





"Una manera de hacer Europa"

PROYECTO COFINANCIADO POR LOS FONDOS FEDER

Referencia del Proy: I+D FEM2015-70182-P

Volumen 10. Colección Benilde mujeres, cultura y escritura, directora Estela González de Sande

Comité científico internacional: Anna Tylusinska-Kowalska (Universidad de Varsovia, Polonia); María Dolores Valencia Mirón (Universidad de Granada); Socorro Suárez Lafuente (Universidad de Oviedo); Antonella Capra (Universidad de Toulouse, Francia); Sarah Zappulla Muscarà (Universidad de Catania); Ursula Fanning (Universidad de Dublín, Irlanda); Carolina Sánchez-Palencia (Universidad de Sevilla); Dora Marchese (Università di Catania); Maria Reyes Ferrer (Universidad de Murcia); Marwa Fawzy (Universidad del Cairo); Caterina Benelli (Universidad de Messina); Malgorzata Godlewska (Universidad Ateneum, Gdansk, Polonia); María Jesús Framiñán De Miguel (Universidad de Salamanca); María Angeles Hermosilla Álvarez (Universidad de Córdoba), Laura Marchetti (Universidad de Foggia, Italia); Diana del Mastro (Universidad de Szczecin, Polonia); Yorlery Espinoza Rodríguez (Campus Nicoya, Universidad Nacional de Costa Rica).

© *María Giacobbe: Pequeñas Historias*

© Edición y Traducción: Alessandra Sanna

IMAGEN DE PORTADA: Retrato de María Giacobbe de Pablo García Calvente

El texto del presente volumen han sido sometidos a evaluación externa por pares (peer review).

© BENILDE EDICIONES

2019

<http://www.benilde.org>

Sevilla-España.

Impresión: Quares

ISBN 978-84-16390-95-3

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright"©, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

Maria Giacobbe

PEQUEÑAS HISTORIAS
(Piccole Cronache)

Edición y traducción
Alessandra Sanna

Benilde Ediciones



INTRODUCCIÓN

Alessandra Sanna

“Sognavo un mondo migliore, è una delle poche cose del mio passato di cui sia certa. Sognavo un mondo migliore perché quel mondo nel quale ero nata e crescevo mi pareva triste e lo intuivo ingiusto” (Sini, 2000: 105).

Hija de antifascistas, sarda de nacimiento pero afincada en Dinamarca desde 1958, Maria Giacobbe irrumpe en el panorama literario con *Diario di una maestrina* (1957), traducida a más de quince idiomas y ganadora de destacados premios literarios. Autora de narrativa, teatro, ensayos, traductora y editora de poesía y narrativa en lengua danesa e italiana, Giacobbe es una intelectual polifacética y aún en activo ya que su última novela, *Memoria della farfalla*, es de 2014.

Las consecuencias de las ideas políticas de su familia de origen, las injusticias y el hostigamiento de los que, a su pesar, fue testigo, marcan de manera decisiva algunas elecciones importantes de su vida en las que el rechazo a la guerra y la voluntad de contribuir a la creación de un mundo mejor son constantes, así pues compagina su intensa actividad cultural con la humanitaria (es miembro de distintas asociaciones como el Instituto Danés de Derechos Humanos y Amnistía Internacional, entre otras). Aunque haya pasado la mayor parte de su vida fuera de Cerdeña, la isla y con ella el regreso a su infancia y adolescencia son temas recurrentes en la narrativa de esta escritora, y es justamente el filtro de la lejanía lo que le permite proporcionar algunas reflexiones objetivas en las que “rivisita il passato e il presente della Sardegna, con una forte volontà di impegno sociale” (Pittalis, 1998: 113).

Cinco de sus novelas tienen como telón de fondo la isla italiana, algunas han sido publicadas primero en danés y luego en italiano y representan claramente, en su conjunto, la producción más autobiográfica de Giacobbe. En ellas, sin seguir un orden estrictamente cronológico, la autora hace un recorrido por su infancia, adolescencia y juventud relatando su primer trabajo como maestra, pero se remonta también hasta la vida de sus progenitores y abuelos paternos, construyendo lo que se ha definido como una “autobiografía pedagógica” (Romagnino, 1975: 3) que, aunque parta de uno o más episodios personales, adquiere también un carácter universal. La narrativa de esta escritora se origina a menudo a partir de un recuerdo, de una vivencia personal que, en un segundo momento cobran una nueva vida, transformándose, a su parecer en “immagini - simbolo” (Giacobbe, 1997: 27).

En su primera y más conocida novela, *Diario di una maestrina*, hasta el momento la única traducida al español con el título de *Cerdeña mi país* (1962, Taurus Ediciones), la protagonista anota las sensaciones que experimenta a lo largo de su primer trabajo como maestra en el complicado contexto de las zonas más rurales de Cerdeña en los años '50, en las que “il maestro da solo deve combattere l'ignoranza e diventare volta a volta medico e sacerdote” (Giacobbe, 2009: 26). No se trata simplemente de un diario donde la escritora se limita a relatar una etapa de su vida, sino que es más bien el testimonio de una realidad y de un momento histórico concreto en los que pobreza y desesperación proliferaban sin una aparente solución. La mujer en aquellos años seguía teniendo un papel marginal y su única función era procrear, cuidar a los hijos y encargarse de las tareas domésticas: “la vita sociale che sia loro concessa è quella che la Chiesa può offrire con le sue funzioni. La messa, la predica, il rosario sono le occasioni in cui le donne possono riunirsi senza dare motivo di pettegolezzo e scandalo. E per una donna la buona reputazione vale più della vita” (Giacobbe, 2009: 25).

Giacobbe tuvo que interrumpir sus estudios antes de ir a la universidad, pero encontrar un empleo para una chica de su acomodada condición social (el padre es ingeniero) era una tarea complicada; sin embargo, rechaza rotundamente el rol asignado a la mujer por la sociedad de su tiempo “(...) per la mia smania di essere indipendente e di lavorare, venivo considerata dai miei amici un’originale. (...) Fra le ostilità dei familiari che giudicavano ciò un volontario declassarmi, diedi l’abilitazione magistrale e decisi di fare la maestra” (Giacobbe, 2009: 17).

Otro tema central de la producción de esta autora, presente ya en su primer libro, es el antifascismo. “Anche la mia maestra era antifascista, lo sapevo bene e me ne sentivo orgogliosa sebbene non capissi con precisione che cosa significasse e evitassi di ripeterlo perché sapevo che essere antifascisti era una delle cose più proibite” (Giacobbe, 2009: 10).

La constante referencia a la infancia destrozada por la ausencia del padre, Dino Giacobbe, convencido opositor del régimen fascista, es el hilo conductor de una parte considerable de su obra:

Avevo sette anni e finii di essere bambina. Divenni di colpo la confidente adulta di una adulta. Mia madre era ancora giovane e aveva bisogno di qualcuno cui appoggiarsi: io ero riflessiva e silenziosa e con me poteva parlare; per mia disgrazia capivo troppo, più di quanto lei potesse sospettare, e divenni triste (Giacobbe, 2009: 9).

El firme rechazo de los Giacobbe a seguir las leyes que imponía el fascismo, les lleva a padecer continuas persecuciones y limitaciones económicas que repercutirán en toda la familia y proporcionarán una infancia infeliz tanto a la escritora como a sus hermanos.

En la novela, cuya traducción presentamos, *Pequeñas historias*, publicada por la editorial Laterza en 1961 con el título de *Piccole cronache*, la autora describe el dolor sufrido en el pasado a través de la mirada de Marina Geremia, cuyo pseudónimo juega con su onomástica al tiempo que hace un guiño a la Biblia. La joven protagonista relata detalladamente todos los sentimientos y pensa-

mientos que acompañan los años más duros de su vida a raíz de la obligada marcha del padre. La narración se divide en párrafos de extensión variable pero nunca demasiado amplios, y aunque no vayan precedidos de ningún tipo de numeración ni títulos, como en el caso de su primera novela, la escritora parece también tener la intención de darle la estructura del diario donde cada episodio puede considerarse como un elemento de una historia más general.

La novela se centra sobre todo en la figura del padre y en la defensa y justificación de la elección tomada por este a pesar del daño causado a su familia, tal y como él mismo reconoce en una carta dirigida a su hija:

Non ti darò torto se mi dirai che per me stesso ho cercato la soluzione più facile, di un romanticismo quasi puerile (...) Solo Graziella in quell'occasione è stata eroica, pienamente consapevole di quello che faceva. Sapeva che forse non ci saremmo più rivisti. Sapeva che la vendetta del fascismo si sarebbe abbattuta su di lei e sui nostri figli. E mi ha lasciato partire (Giacobbe, 2007: 12).

Dino Jacobbe, decide ir primero a Francia y después a España para apoyar la causa republicana y así, aunque fuera desde el extranjero, mantenerse fiel a sus ideales.

La escritora nos proporciona también un retrato conmovedor de Giulia Geremia, alias Graziella Sechi, su madre, exaltando especialmente la entereza y la valentía con las que supo enfrentarse a una situación tan ardua, apoyando de manera incondicional al marido con el que compartía ideales de justicia y libertad: “es inteligente y buena y ella también parece valiente, o por lo menos orgullosa. Pero no es feliz, esto lo sé yo” (Giacobbe, 2019: 41). Más de una vez Dino pedirá perdón a su mujer por haber tomado esa decisión tal y como consta en las cartas a las que hace referencia en la novela y que hoy podemos leer en el relato - epistolario: “Mia cara Graziella, bisogna che tu mi perdoni: avevo esaurito ogni capacità di resistenza e non mi restava che il suicidio o la fuga. Devi perdonarmi di averti nascosto i pensieri lugubri che agitavo in

questi tempi; devi perdonarmi la terribile decisione che ho preso” (Giacobbe, 2007: 13).

La angustiosa atmósfera que está presente a lo largo de toda la narración, se interrumpe tan solo en las ocasiones en las que Marina nos muestra además de una extraordinaria sensibilidad, a pesar de su poca edad, también su sentido del humor, como cuando, no sin cierta gracia, comenta algunas oraciones:

(...) en el Ave María me parece que la mayor parte son chismes y que sería como si alguien, por ejemplo, me dijera: - tu eres Marina Geremia, y tu padre se llama Marco, y cursas la escuela primaria, y no eres guapa pero la gente dice que tienes unos ojos bonitos y que eres sabia... - y así sucesivamente. Todas cosas inútiles, y como ya me las sé, me gustaría contestar: - Vale, lo sé, pero ahora dime qué quieres de mí (Giacobbe, 2019: 65).

El rechazo de la guerra y los comentarios sin ningún tipo de filtro, fruto de la mirada atenta y transparente de la pequeña protagonista, convierten a *Pequeñas historias* en un libro sincero, la primera narración de una infancia antifascista, precedido tan solo por *Il sentiero dei nidi di ragno* de Italo Calvino. Pero si este autor decide a través de su joven alter-ego Pin contar una historia que “restasse in margine alla guerra partigiana” (Calvino, 1964: 3), Giacobbe, asume toda la responsabilidad que conlleva haber sido víctima en primera persona de las decisiones del régimen fascista, ofreciendo una novela en la que no hay espacio para edulcoraciones:

El mundo, en algunos momentos, me parece un camino largo y horroroso, oscuro y lleno de trampas y cubierto por un río de barro asqueroso. La gente debe caminar por encima de él, durante muchos y muchos años, tantos como dura la vida, y solo si consigue llegar al final sin caerse y sin que ninguna salpicadura de barro la ensucie, tiene derecho a entrar a descansar en el Paraíso (Giacobbe, 2019: 71).

Así pues, la novela no es solo denuncia de un doloroso momento de la historia de Italia cuando gran parte de la sociedad se vio privada de su libertad mediante la violencia y el abuso, sino también

memoria, producto directo del movimiento intelectual y literario denominado Neorrealismo en el que sus integrantes se consideraban hombres de letras a la vez que “testimoni e persuasori permanenti” (Contini, 1994: 52).

En el prólogo a la edición de 1975, en la que se publican conjuntamente *Diario di una maestrina* y *Piccole cronache*, como si la autora considerase estas novelas como dos momentos del mismo discurso, Giacobbe además de sugerir otra posible clave de lectura, su obra como un modesto intento de desenmascarar algo que había permanecido oculto durante mucho tiempo, hace referencia a una tragedia idéntica también en la actualidad, es decir, a las guerras que se libran por todas partes y a la nueva oleada de fascismos que obligan a miles de personas a dejar su hogar:

Tutti sappiamo fin troppo bene che, se quindici anni fa poteva essere ancora lecito considerare i fascisti nostrani come dei tetri sopravvisuti, oggi non si può che prenderli terribilmente sul serio come strumenti di strage, di persecuzione e di morte. In Italia e in altre parti del mondo, fascismi vecchi e nuovi hanno da allora quasi ininterrottamente conculcato i loro oppositori e costretto fiamane di profughi (talvolta chiamate “emigranti”) ad abbandonare le loro case e le loro famiglie; bambini di ogni parte del mondo continuano per ragioni politiche a perdere i loro genitori e a essere derubati della propria infanzia (Giacobbe, 1975:12).

En definitiva, *Pequeñas historias* aborda en una sola novela temáticas tan interesantes como la lucha por la libertad y la igualdad, la fortaleza de la mujer, en este caso la madre de la protagonista, y sobre todo analiza “un momento della storia nazionale in Sardegna attraverso una vicenda non solo autobiografica” (Segneri, 1992: 66) lo que también la convierte en un útil instrumento de lectura histórico y antropológico.

Referencias bibliográficas.

- Calvino, I. (1964) *I sentieri dei nidi di ragno*. Torino: Einaudi.
- Contini, G. (1994) “La letteratura in italiano del Novecento”. *La Sardegna*, vol.1, Cagliari: Edizioni Della Torre, pp. 43-54.
- Fortini, L. Pittalis, P. (2010) *Isolitudine*. Albano Laziale- Roma: Iacobelli.
- Giacobbe, M. (1961) *Piccole cronache*. Bari: Laterza
- Giacobbe, M. (1962) *Cerdeña mi país*. (traducción de Jesús Fernández Santos) Madrid: Taurus Ediciones.
- Giacobbe, M. (1975) *Diario di una maestrina e Piccole cronache*. Bari: Laterza.
- Giacobbe, M. (1997) *Paesaggi, Personaggi, Letteratura e memoria*. “Quaderni bolotanesi”, XXIII.
- Giacobbe, M. (2009) *Diario di una maestrina*. Nuoro: Il Maestrale.
- Giacobbe, S. (2007) *Lettere d'amore e di guerra. Sardegna-Spagna (1937-1939)*. Cagliari: Cuec.
- Mameli, G. (2006) *Scrittori sardi del duemila*. Cagliari: Zonza Editori.
- Marci, G. (1991) *Narrativa sarda del Novecento*, Cagliari: Cuec.
- Miccoli, F. (2013) *Maria Giacobbe: una scrittrice dentro e fuori l'isola* (Tesina). https://issuu.com/110elode/docs/tesi_completa_c2e3e2a11947f1
- Pittalis, P. (1994) *Storia della letteratura in Sardegna*. Cagliari: Edizioni della Torre.
- Romagnino, A. (1975) “Non vestiva alla marinara”. *Unione Sarda*, 29/07/1975.
- Sanna, A. (2016) “Testimonianza e memoria in *Diario di una maestrina*” di Maria Giacobbe. *Il Mezzogiorno italiano: riflessi e*

immagini culturali del sud d'Italia. Firenze: Franco Cesati Editore, pp. 91-98.

Segneri, A. (1962) “Le *piccole cronache* di Maria Giacobbe”. *Ich-nusa*, Rassegna, n. 467447.

Sini, F. (2000) *Il “chi è” delle donne sarde*. Sassari: Edes.

Maria Giacobbe

Pequeñas historias

Traducción de
Alessandra Sanna



Papá hoy no está en el pueblo y mamá está encerrada en su cuarto. No ha salido ni siquiera para comer y no quiere ver a nadie, ni que la vean. Está a oscuras y nos echa a todos diciendo que le duele la cabeza; solo la abuela ha tenido permiso para entrar y hablar con ella. Pero a lo mejor el permiso se lo ha tomado porque es su mamá y a ella no la puede echar como a nosotros que somos sus hijos.

Yo leo *Titì e Tutù*, que cuenta la historia de dos niños hijos del *Hombre de los Palafitos*.

Antes este libro me gustaba mucho; cuando lo leía me parecía incluso sentir el olor del pescado que la madre asaba arrodillada junto al fuego y me parecía estar con ellos cuando jugaban con los guijarros de colores a la orilla del lago o cuando Tutù se había marchado con su tío, *El Hombre de las Cavernas*, y había cruzado el bosque a caballito sobre sus hombros.

Sin embargo hoy leo y a menudo las palabras pasan delante de mis ojos sin que ni siquiera me dé cuenta.

Me gustaría de verdad saber qué hace y qué piensa mamá cuando se encierra a oscuras, en su habitación.

Mamá está desesperada. No se ha dado ni cuenta de que Francesco tiene unas costras en las rodillas. Yo también si quisiera podría no lavarme porque ella de todas formas no se daría cuenta de nada; pero precisamente porque está tan triste, no me parece bonito hacerlo. ¿Ahora qué habrá pasado? Yo en realidad me lo imagino, pero sé que no se lo debo decir a nadie, y mucho menos a Francesco; es tan imprudente que quizás iría a contárselo a los mocosos de sus amigos. Y Carla de todas formas, no entiende nada.

Ya está, no se lo diré a nadie, aunque lo sepa. Será como aquella vez en que mamá fue detenida y me mandaron al campo diciéndome que el abuelo Geremia se había puesto malo y que ella se había tenido que ir para cuidarlo. En cambio, Francesco y Carla se quedaron en casa; quién sabe por qué no los mandaron a ellos también al campo. Pero yo entendí que todo era una gran mentira: ¿por qué tenía que ir precisamente ella y no papá que era el hijo del abuelo Geremia? Además, ¿desde cuándo las noticias de los abuelos enfermos las traen los policías? Yo vi bien a aquellos dos que vinieron a llevarse a mamá, y a otros que estaban en la plaza y en las calles cercanas. Me hizo daño verlos, no sé por qué me avergoncé y sin pensarlo subí corriendo las escaleras y me refugié debajo de la cama grande. Desde allí vi a mamá que entraba, se peinaba, muy nerviosa, haciéndose una y otra vez el nudo detrás de la nuca. Después se empolvaba la nariz con su polvo amarillo y sacudía la brocha de modo que en seguida toda la habitación se llenaba de su perfume. Al final se puso su bonito abrigo negro con cuello y puños de pelo y, antes de abotonarlo, se ató a un lado un lazo de seda de aquella elegante manera que solo las señoras saben y que tanto me gustaría imitar. La veía reflejada en el espejo y también me veía a mí, negra como un diablo entre los flecos de la cama; hacía muecas aguantando la respiración e, intentando no hacer ruido, me echaba más atrás para que ella no se diera cuenta de que la espiaba. Me habría muerto de vergüenza si me hubiese descubierto y tal vez me hubiese caído una regañina, o tal vez no. Es siempre amable con-

migo: incluso aquella vez - pero entonces era muy pequeña y tonta - en que mientras se lavaba, en la habitación, me dijo que mirara para el otro lado y yo, convencida de poderla engañar, contesté que mientras tanto miraría al espejo. Tenía mucha curiosidad por verla mientras se lavaba; ahora también sospecho que se desnude por completo, como para bañarse; es muy limpia, mamá, y desprende siempre un buen olor a colonia. Pero ella se dio cuenta de que quería espiarla y, en vez de regañarme, se echó a reír y me revolvió el pelo con sus dedos calientes.

Pero el día que la detuvieron no tenía la intención de espiarla; pasó así y de verdad no sé por qué me metí debajo de aquella cama. Después me dio vergüenza que me vieran, porque no habría sabido explicar por qué me había metido allí y por eso, estaba en apuros.

Cuando ella salió me quedé allí y, con el índice, escribí en el medio de la capa de polvo: Madrid. Y la mayúscula salió de verdad preciosa con dos grandes rizos iguales.

Pasé un buen rato contemplando mi obra, luego me di cuenta de que me dolían los ojos y que estaba atardeciendo. Entonces salí fuera y la habitación me pareció demasiado grande y demasiado fría y me dieron ganas de llorar.

Bajé a la cocina y me senté junto a la chimenea, pero el fuego estaba apagado y quedaba solo ceniza y me puse a mezclarla con el fuelle de cobre, haciendo y deshaciendo montañas, valles, ríos, serpientes y circuitos.

Francesco y Carla no estaban en casa y la abuela pelaba unas patatas, sentada junto a la puerta del patio para aprovechar la última luz de la tarde y ahorrar electricidad. De repente, con dureza, me ordenó que trajera leña y avivara el fuego, o por lo menos que lo intentara, para no estar allí parada como un mueble.

Rompí a llorar y desee morir para molestar a los adultos que son muy malos e injustos. Entonces vino Tonina con una sopa de café con leche pero yo la rechacé sin ni si quiera mirarla. Quería morir para fastidiar a todos. Pero la boca se me hacía agua con aquel va-

por perfumado y me di cuenta de que tenía mucha hambre. Me dolía no poder comer, pero a pesar de la insistencia de Tonina, seguía rechazando la comida y nada podría haberme convencido.

Me dormí llorando y a la mañana siguiente me contaron aquella mentira del abuelo enfermo y me dijeron que, como mamá debía cuidar de él, tardaría en volver, y yo, en pocas horas, saldría con Elvira para el campo hasta el regreso de mamá. ¿Pero de verdad pensaban que fuera tan tonta y que creyera sus historias? Si el abuelo Geremia estaba enfermo por qué no lo cuidaban sus hijas, o su mujer la abuela Geremia? Y esos policías...de verdad habían sido tan amables como para preocuparse en venir y avisar a mamá de que el abuelo estaba enfermo?

Los policías vienen para investigar o para detener, no para hacer favores. Pero yo, por alguna razón, debo fingir ignorarlo. Los mayores creen que los niños no entienden nada y que son más felices así. A veces dudo que los adultos hayan sido niños alguna vez, si no recordarían que nosotros, a pesar de las mentiras que nos cuentan, lo entendemos todo.

Así que me mandaron al campo y allí nos íbamos a dormir en cuanto oscurecía porque no había luz eléctrica y las velitas de sebo atraían los insectos y desprendían un mal olor. Además Elvira tenía miedo a los murciélagos y a los bandidos y cerraba bien la puerta y las ventanas atrancándolas con las sillas y la mesa. A mí eso me hacía gracia.

Cada mañana escribía una carta a mamá y le hablaba del sol, de las mariposas, de las flores que encontraba en la hierba y del cielo que siempre estaba azul y del mar que a veces, cuando el aire estaba muy limpio, se veía a lo lejos, entre las montañas. Y esto lo escribía porque sabía que ella en aquellos días no podía ver todas estas cosas, e imaginaba que oír hablar de ello la consolaría. Sin embargo terminaba cada carta preguntando por el abuelo y deseándole que se recuperara, porque estaba claro que los adultos querían que creyera sus mentiras y me habría avergonzado, tanto

como mostrarme desnuda, si hubiera tenido que revelar todo lo que ya sabía.

Ahora también sé porque mamá está tan desesperada, pero no diré nada a nadie y quiero portarme bien con ella. Para consolarla porque papá se ha ido. Para siempre. Porque ha huido y si vuelve aquí los fascistas lo matarán.

No me lo habría esperado jamás de Francesco. Fui a la leñera y me lo encontré escondido entre dos grandes troncos, con la cabeza entre las manos, llorando. Temía que, al darse cuenta de que lo había visto llorar, se enojase, y por eso quería irme; sin embargo me quedé allí, mirándolo, e incluso en un determinado momento le pregunté: - ¿Por qué lloras? - pero él no contestaba y entonces yo dije: - Lloras porque papá se ha ido y mamá ya no habla, lo sé, aunque no me lo digas - . Y luego, no sé por qué, me dio pena que estuviéramos allí, en la leñera, dos niños solos, y a mí también me dieron ganas de llorar y me fui corriendo. El cielo estaba rojo y hacía viento. Cuando nos volvimos a encontrar en la mesa, con Francesco, hicimos como si nada.

Sentí que la abuela la reñía y, muy enojada, abrió la ventana de par en par. Después mamá lloró pero por lo menos bajó a comer con nosotros. Pero nadie hablaba, en la mesa. En un cierto momento me di cuenta de que Francesco me observaba; no sé por qué pero me sentí incomoda y empecé a mirar mi plato sin ni siquiera saber por qué me avergonzaba. Solo se sentía el ruido de los cubiertos y cuando la abuela, antes de levantarse de la mesa, dijo como de costumbre: - ¡Por las almas del Purgatorio! - entendí de repente que todo aquel tiempo me había parecido estar dentro de una tumba. Sin embargo fuera hace un solcito cálido y si mamá no estuviera así me gustaría ir con ella a dar un paseo. Pero no hay ni que proponérselo. Además no tengo ganas ni de leer. ¡Qué largos son los días!

Me fui a la viña con la tía Geltrude. Mientras estábamos allí me dieron escalofríos y náuseas y en seguida me di cuenta de que era de nuevo la malaria. Nunca me había encontrado tan mal estando fuera de casa. La tía Geltrude me envolvió en su mantón pero obviamente esto no cambiaba nada porque el frío no estaba en la piel sino dentro del cuerpo. A fuerza de tiritar las caderas me dolían tanto que no veía la hora de que llegase la fiebre, al menos se me habría pasado todo aquel frío y aquellas terribles convulsiones en la espalda. También me daba pena la tía Geltrude porque justo ella que había sido muy amable al llevarme al campo, ahora debía cargar con el problema de acompañarme de vuelta a casa enferma. De todas maneras se sabe qué es la malaria y además casi todo el mundo la padece así que no hay que preocuparse demasiado. Y mientras tanto pensaba: y ahora veremos si mamá decide ocuparse un poco de mí. Y casi me alegraba por estar enferma.

Papá se había ido hace más de una semana y solo ayer, por fin, llegó una carta. Mamá se recorrió el cuarto de punta a punta, con la llave echada, leyéndola. No entendía si estaba triste o alegre pero seguramente estaría muy nerviosa y me hubiera gustado hacer algo porque imaginaba que esa carta era de papá y que diría cosas importantes.

Después, mamá bajó a la cocina y habló con la abuela; hablaba casi en voz baja y yo no quería escuchar a escondidas, pero oí que la abuela le contestaba: - hija mía, sé valiente, ahora necesitas de todo tu valor. Y recuerda que Dios no abandona a sus criaturas aunque persiga a aquellas que más ama - .

Y esto me parece realmente extraño, a no ser que la abuela se equivoque, que Dios persiga justo a aquellos que quiere. Todavía estaba pensando en ello cuando mamá me llamó arriba. Se estaba vistiendo para salir y me dijo que quería hablar también con Francesco, pero él siempre está por allí jugando con sus amigos. Carla también, desde que se fue papá, casi nunca está en casa porque la tía Geltrude la quiere como a una hija y siempre la tiene consigo. En cambio yo nunca tengo ganas de salir.

Luego mamá me dijo que papá se tuvo que marchar porque los fascistas no lo dejaban trabajar y lo odiaban y que ahora había llegado a Francia, a París, que es la capital, y que allí trabajará para nosotros que un día iremos también y viviremos todos juntos muy felices. Después se calló, pero se entendía que aún no había terminado y que en realidad tenía que decir algo muy difícil y que no podía, entonces miré para otro lado pensando que así creería estar sola y le resultaría más fácil hablar. Y efectivamente justo poco después dijo, y parecía de verdad que hablase más consigo misma que conmigo: - quizás escuchéis cosas malas sobre él pero debéis recordar siempre que papá es el hombre mejor del mundo, el más valiente, y el más honesto. Y que os quiere mucho y todo lo que hace y que hizo lo hizo pensando en vosotros. Por eso tenéis que ser buenos y estudiosos para no darle disgustos y para mostrar a todo

el mundo que los hijos del profesor Geremia son los muchachos mejor educados de la ciudad - .

Después me preguntó si quería decir una breve oración por ella ahora que tenía que hacer algo muy difícil pero necesario. Yo le prometí que sí, y ella, que mientras tanto había acabado de vestirse, bajó las escaleras casi corriendo. Pero al llegar al patio se paró de repente, como si se hubiera acordado de algo, volvió a subir, se empolvoró un poco la nariz, y salió otra vez.

Le prometí que rezaría por ella, sin embargo fui de inmediato a mirar donde estaba París en el mapa que papá había colgado en la pared de nuestro cuarto. París está muy lejos, y parece realmente en el centro del mundo. Nosotros en cambio, en Cerdeña, estamos casi castigados, en una esquinita. Pero, en realidad, Cerdeña tampoco está tan mal porque por una parte tiene a España y por la otra a Italia y muy cerca también está Córcega que es francesa. Pero de todas formas estamos en una esquinita y, si no estuviera África, estaríamos verdaderamente en el fondo de la tierra.

España me gusta mucho, casi cuadrada, porque Portugal no cuenta y es como si fuera también España. Además también me gusta el español y lo entiendo casi siempre. Escuchamos la radio española todos los días porque allí hay una guerra contra los fascistas y nosotros queremos que los fascistas pierdan. Pero mamá me ha explicado que no debo decirle a nadie que escuchamos la radio española y la radio francesa, porque si no se llevan el aparato, como hicieron el año pasado, y a lo mejor nos detienen a todos.

Pensando en estas cosas se me olvidó rezar y a lo mejor, mamá ya había llegado al lugar donde tenía que ir, y mi oración no había podido ayudarla.

Quién sabe a dónde había ido. Era la primera vez que salía después de que se fuera papá.

Cuando volvió deseaba preguntárselo pero por supuesto no lo hice; si ella no me lo había dicho o no quería decírmelo tendría seguramente sus buenas razones, y entonces ¿por qué preguntarlo?

Además, estoy convencida de que, un día u otro, me enteraré lo mismo.

Mientras tanto hoy, ha escrito unas notas y las ha mandado con Tonina. Eran para unos amigos de papá pero solo dos de ellos han venido a vernos y nos han traído chocolate. Los demás habrán tenido miedo de los policías que desde hace tres días, incluso antes de que llegara la carta de papá, están delante de nuestra puerta. Pasa como cuando detuvieron a mamá y a muchos amigos les entró un miedo del diablo y no todos vinieron a consolar a papá y a la abuela.

No digo que ir al colegio me guste pero aun así intento prestar atención y ser buena porque mamá nos repite siempre que de los hijos del profesor Geremia nadie pueda tener la excusa de decir nada malo. Y tiene razón, así que me da mucha rabia Francesco que, al parecer, es uno de los más traviosos de la clase. Carla es pequeña y para ella es fácil ser amada. Además ella es guapa. Yo sin embargo no soy guapa, lo sé, así que debo ser aún más buena.

Cuando volvimos al colegio, los primeros días, tenía miedo del encuentro con la maestra y mis compañeras. Pero la maestra fue muy amable e hizo como si nada, y me preguntó incluso como estaba mamá y me dijo que la saludara de su parte; mis compañeras al principio no sabían nada y por eso no me miraban raro, pero luego esa cotilla de Masi que vive cerca de mi casa y que es la hija de un policía, se levantó y dijo: - el papá de Geremia se ha ido y ha abandonado a su familia, y ahora él es un traidor y ellos huérfanos - .

Al principio yo no entendía, luego, cuando escuché “huérfanos” me imaginé a Carla con un vestidito negro y a Francesco con una cinta alrededor del brazo y los calcetines y los zapatos negros, y rompí a llorar; y me avergoncé mucho por llorar delante de mis compañeras sobre todo delante de Masi que seguramente lo contaría por allí.

Pero la maestra se me acercó y me secó las mejillas con su pañuelo que olía a flores frescas y dijo que son muchos aquellos que se van fuera de Italia para trabajar, que su padre también, cuando era una niña, se tuvo que ir a América y a los pocos años volvió con mucho dinero para su familia. Pero después añadió que el Duce nos ha dado un Imperio y que de ahora en adelante los Italianos, cuando necesiten ganar más, irán a nuestras tierras de África. Pero diciéndolo se puso roja y yo entendí que contó la historia de África porque temía a Masi que es hija de un policía.

A mamá no le conté nada porque estos días está otra vez muy triste y no quiero hacerle más daño.

Ahora duermo con ella, en su cama, y veo que lee hasta muy tarde de unas novelas. Yo también leo del otro lado de su libro, cuando lo

tiene doblado, pero no entiendo nada porque siempre me falta una página. Además, cuando leo, a veces pienso en otras cosas. Se me ocurren muchas cosas y no puedo dormir; oigo a los perros que ladran desde lejos y a los gatos que chillan en el techo de la iglesia como niños desesperados y me da mucho miedo y me acuerdo de los muertos en sus tumbas del cementerio.

Entonces rezo, pero también las oraciones me dan miedo porque tienen muchas palabras difíciles que me recuerdan aún más a los muertos y a las historias de magia y fantasmas. Pero es muy raro... quién sabe porque nacemos si luego es seguro que tenemos que morir y también aquellos que lleguen después morirán igual.

Cuando por la noche estoy así, pensando, y los perros ladran y los gatos chillan, me viene a la mente que ha habido muchos muertos antes que nosotros y que habrá muchos más muertos después, que no hay un pedacito de tierra en donde ellos no hayan estado o no estarán. Es como si la tierra perteneciera toda a los muertos con sus esqueletos. Los muertos me aterrorizan aunque no sea justo y tal vez sea pecado; y pienso que yo no moriré jamás. Yo no me quiero morir, no.

Sin embargo, antes que ver a mamá y a los demás morir y yo quedarme sola y acordarme de ellos y sin ellos, yo también preferiría morir en seguida. Por eso, siempre rezo para que nos muramos sin darnos cuenta y de repente sin tener miedo, todos juntos. Un día se lo dije a la abuela y ella me regañó diciéndome que estoy loca y que debo pedirle perdón a Dios por rezar oraciones tan estúpidas.

Ella sabe mucho sobre Dios y muertos, es muy vieja y ha visto morir a mucha gente; sabe hasta como se ponen en el ataúd. También muchos hijos suyos, que había visto nacer, después los vio morir; y por eso tiene siempre los ojos rojos, porque ha llorado demasiado.

Pero a lo mejor sabe también porque nacemos si luego tenemos que morir. O a lo mejor no lo sabe y tampoco el cura. O en cambio quizás él sí, porque él también es como si estuviera muerto, no sale

nunca, no tiene amigos, vive siempre en la oscuridad entre velas e imágenes que representan el purgatorio y el infierno con muchas horribles llamas y los muertos que se retuercen de dolor, rojos y amarillos como los gusanos en las peras. Así que el cura también me da miedo.

El director también me da miedo y cuando paso en frente de su despacho, para no verlo y no ser vista, miro hacia otro lado caminando muy de prisa, pero sin correr, porque correr en los pasillos está prohibido. Sin embargo el miedo que le tengo al director es diferente al de los muertos y al cura, es como el miedo de los policías y de los fascistas cuando llevan el uniforme.

Hablamos mucho, mamá y yo, últimamente, y mientras trabaja me cuenta unas bellísimas historias de cuando eran novios y los fascistas eran arrogantes, pero todavía no eran los dueños de todo, como ahora.

Es muy bonita la historia de las amapolas. Un día cuando los fascistas invadieron la ciudad con sus camisas negras, papá salió con su camisa gris, un pañuelo rojo y todos los lacitos de las medallas que había ganado en la guerra. Al verlo, los fascistas, enfurecieron pretendiendo que los policías lo detuviesen; pero aún no había ninguna ley que prohibiese llevar una camisa gris y un pañuelo rojo y ese día los fascistas no pudieron vengarse. En cambio, al día siguiente, con una excusa consiguieron que lo detuviesen. Pero no se esperaban lo que iba a pasar después.

En cuanto se supo la noticia en la ciudad, sin saber cómo ni quién había tenido primero la idea, en menos de media hora todas las calles y la avenida estaban abarrotadas de gente que llevaba amapolas rojas: los hombre en la solapa de la chaqueta, las muchachas en el pelo e incluso en el escote de los zapatos, los niños tenían grandes ramos que repartían a los que no podían ir al campo a recogerlos.

Tuvo que ser hermoso, con el sol de primavera y la gente tan alegre y libre.

Los fascistas no lo soportaron más y fueron a ver al comisario jefe diciéndole que había que hacer algo para impedir “ese escándalo”. ¿Pero qué podía hacer el comisario? No tenía ni policías ni celdas suficientes para detener a toda la ciudad y entonces, se hizo el gracioso y dijo a los fascistas que no podían hacer otra cosa que ponerse ellos también unas amapolas rojas en la solapa. Más que amapolas rojas, yo imagino que debían estar amarillos de rabia.

Sin embargo, dice mamá, esos bellos tiempos duraron poco y ya desde entonces entendieron que las cosas cambiarían a peor y no a mejor porque los fascistas se volvían cada vez más prepotentes y

muchos, por miedo, aceptaban el carnet¹.

Y ahora, cuando pasamos por la calle, muchos nos miran y dicen que papá es un traidor. Pero esto mamá no lo tiene que saber nunca.

1 Carnet del Partido Nacional Fascista.

Luisa se queja a menudo de sus padres. Dice que su padre es ridículo y su mamá es tonta y que con ellos no se puede hablar de nada; por eso, y también porque son demasiado estrictos, entre ellos no hay ninguna confianza. Luisa nunca le diría a su mamá lo que piensa de las cosas.

No es que sean malos, es que son tontos y que se preocupan solo de la comida y de otras mezquindades. Además a veces tienen que ser realmente ridículos. Luisa me ha contado que hace unas tardes su padre la persiguió en el jardín con una palmeta porque quería castigarla por haberse comido unos buñuelos antes de sentarse a la mesa; pero al tropezar casi se cae y por eso renunció a cogerla. Tiene que ser muy humillante tener un padre tan estúpido.

En cambio el mío leía muchos libros y no le importaba la comida, o por lo menos no hablaba nunca de estas tonterías de mujeres. A veces estaba tan absorbido en sus pensamientos que seguramente ni sabía lo que se estaba metiendo en la boca. Entonces mamá y yo nos mirábamos y sonreíamos un poco como dos adultos que se entienden. Esos momentos eran muy bonitos.

Pero también me acuerdo de que a papá le gustaba la comida picante y cuando nos íbamos al campo, y mamá no estaba con nosotros, lo celebrábamos y comíamos cebollas, ajos e incluso pimientos rojos que papá cortaba en lonchitas muy finas y ponía en el pan. Una vez se equivocó y me dio demasiado; en cuanto lo tuve en la boca me pareció tener llamas quemándome la garganta y los labios, entonces empecé a correr saltando y pataleando mientras las lágrimas me cegaban. Exageraba un poco y lo hacía a propósito porque sentía que papá se reía mucho y se divertía.

Cuando íbamos al campo algunas veces recogíamos setas y él distinguía perfectamente las buenas de las venenosas. Sabía también los nombres de todas las plantas y de todos los pájaros, y a estos incluso sin verlos, los conocía por su canto. Sabía muchas bonitas historias sobre animales y las contaba tan bien que me parecía ver aquel zorro glotón que se había quedado atrapado en el corral

por comer demasiadas gallinas, o aquel cuervo presumido que creyendo tener una voz bonita, para que se escuchara, dejaba caer para el zorro listo el trozo de queso que tenía en el pico. No sé cuánto tiempo me habría quedado escuchándolo, y no me movía ni cuando se me entumecían las piernas, porque temía que entonces se diera cuenta de que el tiempo pasaba y que había que parar.

Otras veces, en lugar de caminar recogiendo setas o flores o piedras que le interesaban, nos tumbábamos debajo de un árbol y papá leía su libro mientras yo escuchaba las hojas y miraba las nubes que corrían en el cielo y que, si eran muchas y estaban todas juntas en el horizonte, tenían esas formas raras que cambiaban constantemente haciendo que pensara en muchas cosas diferentes. Viejos gigantes cubiertos con grandes capas y medio tumbados con larguísimas barbas, mujeres arrodilladas, niños jugando y volando, barcos con todas las velas abiertas, iglesias con muchos campanarios, montañas cubiertas de nieve, árboles floridos, caballos con las crines al viento, perros, cisnes, camellos y muchas otras cosas maravillosas que era de verdad una pena que en tan poco tiempo se deshicieran y que nunca más nadie pudiera verlas. Me hubiera gustado enseñárselas a papá pero sabía que mientras leía no debía hablarle.

Algunas veces se venía con nosotros también Francesco y entonces jugábamos muchísimo y cuando papá nos llamaba y nos decía que había que irse nos parecía que acabábamos de llegar. Sin embargo el cielo ya se volvía rosa y de repente nos dábamos cuenta que teníamos hambre, y era muy bonito llegar a casa y encontrar en la cocina la luz encendida y un olor cálido a patatas fritas y café recién tostado.

Otra cosa que me gustaba mucho hacer con papá era ayudarlo a excavar con unas pequeñas azadas en sitios donde él imaginaba que los antiguos habían dejado cosas. Algunas veces, después de excavar mucho, nos dábamos cuenta de que no había nada, pero muchas otras veces desenterramos trozos de cerámica con unos dibujitos que a papá le parecían muy interesantes, unas piedras que

los antiguos utilizaban como armas y cuchillos, e incluso unas monedas de cobre; pero a estas papá les daba menos importancia. A lo mejor porque a él el dinero no le importaba mucho. Una vez, pero yo no estaba con él, papá desenterró un hermoso jarrón que ahora está expuesto en el museo. En cambio otros objetos los tenemos en casa, guardados en cajas en las que aparece dónde y cuándo se encontraron.

Era muy meticuloso, papá, y en su despacho había organizado todas sus colecciones, además de sus muchísimos libros, obviamente. Pero ahora hemos tenido que alquilar a una profesora la habitación donde se encontraba su despacho y hemos tenido que guardar sus cosas en el desván. Cuando hacía ese trabajo mamá estaba muy triste.

Cuando yo era pequeña no entendía que a papá le interesaban esos fragmentos porque habían pertenecido a los antiguos así que, pensando hacerle un favor, rompí una pequeña ánfora que me habían regalado y se la llevé dentro de una caja de zapatos. Fue muy amable, papá, aquella vez - ahora lo entiendo mejor - porque me dio las gracias y puso la caja en su despacho, como una cosa importante. No creo que el padre de Luisa hubiera hecho lo mismo, él a lo mejor la hubiera perseguido con la palmeta diciéndole que nadie le regalaría nunca jamás un ánfora tan bonita.

También de día, a veces, me pasa sentirme triste, pero al llegar la noche, es cuando es de verdad horrible. Todas las cosas me parecen grandes, frías, lejanas y me dan miedo. Cuanto miedo en las habitaciones blancas y vacías. En cada recodo, en las escaleras, me parece oír unos silbidos y unas presencias. Pero al mismo tiempo también me parece estar sola en el mundo, en un mundo donde sólo los gatos tienen voz para chillar y sus chillidos me aterrorizan. Las mantas de la cama son frías y las luces demasiado fuertes.

Si mamá supiera qué miedo y tristeza me da algunas veces, creo que no me mandaría nunca a la cama a dormir sola. Ella se acuesta muy tarde, Francesco duerme en la otra planta y Carla está siempre en la casa de la tía Geltrude.

Cuando subo las escaleras y cruzo las habitaciones voy derecha, sin mirar alrededor por miedo a ver algo espantoso, y sin correr porque si empezara entonces no podría controlar tanto el miedo y me echaría a gritar.

En las escaleras algunas veces silbo, para darme fuerza; pero luego, cuando llego a mi cuarto, me quedo muy callada procurando no chocarme con los muebles porque cada ruido me pone los pelos de punta. Si me tengo que girar lo hago despacio, nunca de repente, por miedo a ver detrás de mí algo espantoso. Pero a menudo noto un escalofrío en la espalda, como si alguien estuviera a punto de tocarme con una mano helada.

Y cuantos pequeños ruidos hay, y no sé de donde vienen, cuando estoy sola en mi habitación. Me da miedo apagar la luz pero mantengo la cabeza debajo de las mantas, y estas apretadas contra mí porque me parece que en cualquier momento esa cosa que no sé qué es y que me aterroriza podría arrancármelas de la cara y obligarme a mirarla y hacer que me muera de susto.

Pero intento pensar en otras cosas porque de lo contrario el miedo se hace cada vez más grande, cada vez más grande y no puedo ni respirar.

¿Por qué los niños deben pasar tanto miedo? Los grandes solo tienen miedo de los policías y del recaudador del agua y de la luz.

Cuando los vemos llegar, Francesco y yo sabemos que debemos correr a avisar a mamá porque así ella puede decirnos con tiempo si contestar que está, y entonces quiere decir que tiene dinero para pagar, o si tenemos que decir que ha salido. Y esta es una mentira y no debería decirse; pero bueno, no es que nos guste decirlo.

Pero a mí también me dan miedo los policías, obviamente, y los recaudadores. Cuando los veo las piernas se me ponen muy flojas y me duele incluso la barriga. Cuando el otro día vi al hombre de la luz que llevaba de la mano a un niño, a lo mejor su hijo, y le hablaba amablemente, me sorprendí tanto que pensé confundirlo con otro hombre. Pero no es posible, lo conozco bien. Tiene los ojos azules y es alto y encorvado y lleva desde hace muchos años una chaqueta gris con bolsillos ensanchados y distinta a los pantalones, y en la cabeza una gorra de ciclista.

Recuerdo que hace unos años, cuando era pequeña, lo vi por la calle, muy lejos y no había ningún peligro que viniera a nuestra casa, pero yo no lo sabía, y, muy asustada, corrí a avisar a mamá que, en lugar de reírse, se puso muy triste. Entonces no entendía por qué, pero ahora tal vez sí. Pienso que estaba triste porque sabía que a los niños les dan miedo muchas cosas pero le dolía que yo, además de esos miedos de niños, tuviera también miedos de grandes.

Pobre Luisa. Me da pena que tenga unos padres tan tontos y cuando me habla de ellos no sé de verdad qué decirle. Pero estoy muy feliz porque nos estamos volviendo amigas de verdad. Es muy bonito tener una amiga. Yo le he explicado por qué razón papá se tuvo que ir y ella, que nunca había oído hablar de estas cosas y creía que todos, siempre, desde que existe Italia, habían sido fascistas, estaba de acuerdo conmigo que no es justo que una persona, si no quiere, esté obligada a tener el carnet para poder trabajar y darle de comer a su familia. Es simple y llanamente prepotencia la de los fascistas y papá está en contra de ellos con razón y yo me alegro de ser su hija, aunque ahora no tengamos nunca dinero y mamá deba vender la tierra que le dejó el abuelo.

Todos dicen que si papá hubiese aceptado el carnet, con su inteligencia y todas las cosas que sabe, hubiera llegado a ser profesor de universidad, superintendente o tal vez ministro. Lo dice también el brigada De Gennaro que aun así es un antipático bocazas y viene a la casa para espiarnos. De todas maneras papá rechazándolo todo ha hecho bien, aunque ahora se ha tenido que ir a escondidas, como un ladrón, y no lo vemos desde hace ya tanto tiempo que a veces nos parece estar huérfanos de verdad, y cuando pasamos por la calle la gente dice cosas que me dan mucha rabia.

Esto es verdaderamente feo. Carla que es pequeña no entiende todas estas cosas, pero en el fondo para ella es hasta peor porque, aunque escuche constantemente hablar de él, ya debe haberlo olvidado y es como si no hubiese tenido un papá nunca. En cambio yo puedo acordarme y cuando mamá habla de él es casi como verlo otra vez. Me gustaría saber en qué trabaja ahora, pero no obstante mamá me cuente muchas cosas, de esto no quiere hablar nunca.

Ahora también ella y yo nos estamos haciendo amigas de verdad. Es raro ser amigo de una persona adulta, sin embargo es justo así. Mamá me dice lo que piensa o recuerda y yo me quedo escuchándola callada porque, mientras la escucho, me parece darme cuenta de que me estoy haciendo mayor e importante. Otra veces

sin embargo la miro y me sorprendo pensando que ella es una señora y yo una niña y que si no fuera mi madre tendría que tratarla de Usted. Pero mamá es verdaderamente muy diferente a las personas grandes que conozco. Además de ser bella y ligera como una joven, ella no me dice nunca: - cállate porque eres una niña y no lo entiendes - , o - debes hacer esto, debes hacer lo otro - . Ella es siempre muy amable y me dice, como si hablara con una persona adulta: - Si haces esto, me darás mucha alegría - , o - si haces tal cosa me darás un disgusto, pero, si de verdad lo deseas, eres libre de hacerlo - . ¿Y entonces quién podría desobedecer? Pero hay algunas cosas que hago con tanto sacrificio que casi querría que mamá fuera como la madre de Luisa porque entonces la desobedecería. Pero esto no es posible, así que me toca hacer también aquellas cosas que no me gustan para nada: por ejemplo ir a comprar sin dinero y decir que pagaremos más adelante.

Mamá dice que no hay nada malo porque pagaremos sin falta y los comerciantes que nos conocen saben que somos gente honesta y están contentos de confiar en nosotros. Ella tendrá sin duda razón pero yo, cuando tengo que decir “pagaremos más adelante”, me pongo tan roja que me parece que la cabeza está a punto de explotarme y la voz me sale como si tuviera la garganta llena de algo. Así que, a menudo, me toca incluso repetir porque el comerciante no se entera.

De todas maneras, pobre mamá, ¿qué puede hacer? no es su culpa si no tenemos dinero. Cuando vendamos la viña pagaremos a todos.

Y me ha dado otra vez fiebre. Todos los años así, cuando empieza el frío. De vez en cuando la fiebre, ¡bendita malaria! Me doy cuenta de cuando está a punto de llegar porque todas las cosas parecen diferentes a lo habitual, como si fuesen o más viejas, o más nuevas, o como si su color hubiese cambiado. No es que el azul se volviera verde, por ejemplo, o el rojo amarillo; el azul se queda azul y tampoco es más oscuro o menos oscuro; pensándolo bien es exactamente igual, sólo que la impresión que me da es distinta.

Luego hay otra cosa que escucho, y es una música muy lisa. Ya lo sé, no se puede decir “lisa” de una música, pero esa es una música lisa y no la oigo con las orejas sino que la siento con la piel. Pero este liso que se desliza un poco, como los tamices del molino para la harina, en un momento dado, de repente, se agita y se vuelve áspero y escuece la punta de los dedos, y rueda como una pelota gigante hecha de papel y trapos que no hace ruido ella misma sino que su movimiento provoca un fuerte zumbido, como una colmena cuando es verano y el aire está perfumado.

Es difícil entenderlo, porque mientras estoy experimentando esas sensaciones no me da tiempo a pensar en ellas, y pensándolo después, todo se hace más complicado y las palabras no son nunca las adecuadas.

Pero no solamente cambia esa música que se siente y se ve, o el color de las cosas, también son diferentes su tamaño y su olor. Yo misma empiezo a emanar un raro olor, y sin que me ponga el termómetro, sé de inmediato que tengo fiebre. Mamá dice que no es cierto que desprenda ese olor, pero a lo mejor lo dice solo para ser amable. O tal vez de verdad no lo nota.

Esto es algo en lo que pienso a menudo, es decir, que no sé nunca si los demás ven y sienten las cosas como yo; esta palma en el patio, por ejemplo, ¿es de verdad una palma o solo lo es para mí? Que escuche los otros decir “palma” como digo yo, no significa nada; primero porque no puedo estar segura de que digan exactamente “palma” y que no sea yo la que lo escucha así, y luego aun-

que dijeran “palma” de verdad no necesariamente están pensando en la misma cosa en la que pienso yo.

Pero todo esto es muy confuso y algunas veces me paso horas reflexionando y más lo pienso y más se complica. Mamá no quiere que esté tanto tiempo embobada, como dice ella, y siempre me sugiere que me vaya a jugar; pero en esos momentos lo único que me gustaría es saber porque me parece que entre las cosas reales y yo hay una puerta que con un gran esfuerzo se podría incluso abrir. Sin embargo este esfuerzo no se puede hacer con los brazos o con las piernas, sino que solo con el cerebro y esto es realmente muy difícil porque no puedes forzar el cerebro cuando te da la gana, sino que solo cuando él quiere o cuando le pasa algo que él tampoco entiende, de repente, salta de una cosa a otra maravillosamente sin que le cueste trabajo. De lo contrario no hay manera: es como una pierna dormida que quieres que se mueva pero ella se queda allí, inerte.

De esto, aunque ya seamos amigas, no puedo hablar con mamá porque ella en seguida se preocuparía y tal vez pensaría que estoy loca y le pediría al médico que me diera algún jarabe. Con ella hablo de papá de política y de cuando aún no se habían casado.

He intentado hablarlo con Luisa pero ella en este momento no es muy feliz porque en su casa nadie la quiere y está convencida de no ser su hija de verdad sino una huérfana. Incluso hizo que jurara decir la verdad sobre una pregunta que quería hacerme, y era exactamente esta: si yo había escuchado decir por allí que ella era una huérfana que habían recogido por caridad.

Yo eso no lo he escuchado nunca y tampoco creo que sea verdad. Pero en su casa son verdaderamente muy malos e injustos tratándola de esa manera.

El otro día me dijo que si la regañan una vez más se escapa de casa. Me ofreció llevarme con ella pero le dije que no le puedo dar a mamá ese disgusto también, que si acaso, si quiere, la puedo esconder en la leñera detrás de casa y allí llevarle cada día algo de comer

y agua para beber. Pero ella si escapa quiere viajar por el mundo, y en este sentido tiene razón.

A mí también me gustaría muchísimo viajar por el mundo. Me gusta también escuchar la radio y girar la rueda de las emisoras escuchando todas aquellas voces que vienen de lejos de una manera que aún no he podido entender, pero no es mágica, como pensaba cuando era pequeña y me habían contado que detrás del aparato vivían unos enanos.

Antes, cuando papá todavía estaba aquí, escuchábamos la radio francesa que empezaba siempre con la misma musiquita un poco alegre y luego decía: “Issi nis cotasir!” y nosotros niños teníamos que ir de inmediato a vigilar que no llegara nadie que no debiera saber que estábamos escuchando las emisoras prohibidas. Luego hemos empezado a escuchar la radio española que dice siempre “Trabajadores de todos los países, unios!” y es mucho mejor porque se entiende más.

Después papá se ha ido y mamá ha seguido escuchando estas emisoras extranjeras y si las noticias son malas se pone muy triste como si se le hubiera muerto un pariente; si al contrario las noticias son buenas se pone muy contenta, sale, se maquilla, se enciende un cigarro y dice: - Si sigue así verás cómo papá podrá volver pronto y todo será distinto - .

Me pregunto si papá me diría algunas cosas que ahora me escribe. Pero escribir es mucho más fácil que hablar porque cuando uno está solo y escribe no piensa en quién leerá. Es por eso que yo también pude confesarle la historia del miedo y de los pensamientos que se me ocurren por la noche cuando no puedo dormir y él me contestó con esta carta tan bonita que parece dirigida a una persona adulta y no a una niña como yo.

No paro de leerla una y otra vez y pienso que tal vez la historia de los fuegos fatuos y la historias de cuando él era niño y también tenía miedo como tengo miedo yo me las hubiera contado igual en persona, pero todo lo que dice después, que todo su valor, toda su vida, “ha sido siempre una máscara para esconder un gran miedo” es una cosa muy importante, tan importante que me parece imposible que me lo haya confesado a mí.

A lo mejor estoy creciendo, o tal vez papá me confiesa estas cosas solo porque estamos lejos y se le ha olvidado como soy en realidad. Y si de verdad fuera así, en el fondo sería muy triste.

Pero, de todas formas, cuanto me gusta papá. Me gusta verdaderamente mucho y creo que es casi perfecto. Mamá ha sido muy afortunada casándose con un hombre tan fuerte, sabio y orgulloso como papá que incluso cuando tiene miedo actúa como si no fuera nada y todo el mundo cree que es muy valiente. Pero ella también, a decir la verdad, es inteligente y buena y ella también parece valiente, o por lo menos orgullosa. Pero no es feliz, esto lo sé yo.

Este mes voy al colegio por la tarde porque en nuestra aula, por la mañana, están los niños de otra clase. Así puedo estar más tiempo con mamá que me cuenta muchas historias bonitas de cuando ella y papá eran jóvenes y los fascistas aún no eran los dueños de todo. Pero deben ser cosas que ocurrieron hace muchísimos años. Yo, sin duda, aún no había nacido.

Ayer estábamos en la habitación, hacía sol y ella ordenaba sus cosas y sacaba las mantas por la ventana, y mientras tanto yo estaba con ella y hablábamos de cuando era soltera y era una de las chicas más bellas y ricas del pueblo y muchos jóvenes querían casarse con ella, pero ella eligió a papá. Era como en los cuentos, la bella princesa que no quiere a nadie de su pueblo porque está segura que desde lejos llegará el príncipe azul en un caballo blanco con sus herraduras de oro.

Pero papá, en verdad, era pobre; es decir no realmente pobre porque era profesor y tenía su trabajo, pero, excepto el trabajo, no tenía nada más. Pero mamá no se preocupaba por ello y hacía bien - yo tampoco me preocuparía - y papá le gustaba porque era guapo, inteligente y valiente. Había ido a la guerra y había recibido muchas medallas porque lo hirieron y luego, en cuanto estuvo mejor, aun cuando los médicos no querían, se volvió al frente haciendo otras cosas heroicas.

Pero, al volver, después de la guerra, pensaba haber luchado por la justicia y decidió junto con muchos otros que las tierras se repartiesen entre los campesinos y no entre los señores que si siquiera sabían de qué está hecho un arado. Sobre todo porque muchos campesinos muy pobres habían muerto en la guerra y aquellos que volvían a casa a menudo ni tenían trabajo y sus familias pasaban hambre. Además quería que se pagara más a los obreros y que incluso se convirtieran ellos mismos en los dueños de las fábricas donde trabajaban, y que todos en el mundo tuviesen iguales oportunidades y ya no hubiera tantas injusticias.

Mamá había oído hablar de él pero todavía no lo conocía, es

más, como ella era rica y sus amigos también, pensaba que a lo mejor era un charlatán tramposo. Sin embargo un día lo conoció y empezaron a hablar y poco a poco papá la convenció de que los pobres tenían razón y se casaron. Yo también, cuando sea grande, si me caso, me casaré con un hombre bueno y generoso como papá. Pero a lo mejor no me casaré porque me da mucha vergüenza.

Acababan de casarse cuando los fascistas se volvieron cada vez más prepotentes y un día, sabiendo que papá no estaba en el pueblo, entraron en casa, empujaron a mamá que estaba delante de la puerta para que no entraran, cogieron los libros de los estantes, los tiraron por la ventana y los quemaron en medio de la plaza, luego se fueron cantando unas cancionzúchas. Mamá dice que estaban muy borrachos.

Unos días después volvieron, pero papá, que esta vez solo había fingido irse, cuando se dio cuenta de que estaban al llegar se asomó por la ventana con su pistola de oficial y dijo: - Si alguien intenta entrar a mi casa lo mato como a un perro! - y todos escaparon asustadísimos.

Me hubiera encantado verlos! Pero se vengaron e hicieron que lo detuviesen, y luego que le quitaran el trabajo, y luego deteniendo a mamá, y luego esperándolo por la noche en los rincones más oscuros, para pegarle. Después intentaron hacerlo por las buenas y vino un señor de Roma para decirle que si aceptaba ser fascista el Duce estaba dispuesto a darle todo lo que quisiera.

Pero a él le daban demasiado asco y casi echa a patadas a ese tipo que fue a decírselo y que antes había sido incluso amigo suyo.

No sé de verdad cómo se puede contener la abuela, con el genio que tiene. Ella que pierde la paciencia tan fácilmente puede aguantar ese estúpido parlanchín de De Gennaro y, encima de todo, cada día le da algo: una botella de vino, una garrafa de aceite, incluso pan, y él cuando los recibe ni siquiera se sonroja. Es más, al llegar, ha empezado a coger el hábito de dejar el bolso encima de la mesa de la cocina, como si fuera obligatorio llenárselo. Ahora ha comenzado la estación del queso y del requesón y él como se ha dado cuenta de que Giovanni nos los trae del campo, no para de decir lo caro que cuestan en las tiendas y cuanto le gustan a su mujer.

Además, algunas veces, lo acompaña también su hijo, que es tan antipático como el padre, o si puede ser incluso más, y que se queda allí, calladito y muy largo, con esa cara embobada que solo al mirarla me molesta. Afortunadamente no me obligan a ser amable con él, porque creo que no podría ni si quiera si me lo pidiera mamá como favor.

Este De Gennaro, de tanto venir, se está tomando demasiadas confianzas. Vale que es un policía y que el comisario le ha mandado vigilar cada día si mamá no se ha escapado y qué es lo que hace, pero no tiene que atreverse a llamarla por su nombre. Debería decir “Señora Geremia” o, si a acaso, “Señora Giulia” pero no “Giulia”, como dice. Qué rabia me da, no sé de verdad la abuela, con el carácter que tiene, como puede aguantarse.

Lo he hablado con mamá y ella me ha dicho que hay que tener paciencia porque De Gennaro, al contrario, comparado con otros, es “un buen diablo”- qué decir más gracioso! - y si dice “Giulia” en lugar de “Signora Geremia” no es porque quiera ofender sino porque es grosero e inculto y por ello no se le puede culpar. De todas formas a mí me pone de los nervios solo pensarlo y no consigo de verdad entender como mamá y la abuela puedan tener tanta paciencia. A lo mejor ellas también tienen miedo o a lo mejor esperan que él siendo policía pueda de alguna forma ayudarnos a conseguir el pasaporte para ir a París con papá.

Pero no creo que papá hubiese aguantado a un tipo tan estúpido y molesto y sinvergüenza como este. Él no tenía mucha paciencia, decía lo que pensaba, y hacía lo que quería. Por eso los fascistas no lo soportaban y lo odiaban más que a cualquier otro antifascista que, a veces, para evitar problemas, hacían como si nada.

Mamá el otro día me contó que al principio los fascistas iban por la calle gritando y pegando a los antifascistas que se encontraban. Un día papá estaba sentado en la mesa de una cafetería y cuando los amigos que están sentados con él ven que el desfile está a punto de llegar, de repente se levantan y se van para que no los vean. Papá sin embargo, se queda allí, sentado, con el cigarrillo en la boca y el sombrero en la cabeza - es como si lo viera - y mira a esos exaltados como para decir: - ¡Qué ridículos sois! ¡A mí, vosotros, no me dais miedo! - Entonces esos, se paran y lo rodean armados con de palos y navajas.

Papá también se levanta y se apoya en la mesa mirándoles fijamente a la cara preparado para defenderse. Era muy fuerte y valiente, aunque estaba delgado y a pesar de que, como me ha escrito en una carta, ser valiente siempre le ha supuesto un gran esfuerzo de voluntad. Pero él estaba solo y los fascistas eran muchísimos, y lo hubieran podido matar si no hubiese llegado el capitán de los carabineros que hizo que subiera al coche y lo llevó a la cárcel, donde de todas formas estaba mejor que entre las manos de aquellos borrachos que se siendo muchos se enfrentaban a uno solo.

Al día siguiente, sin embargo, cuando lo dejaron libre porque no encontraban una excusa para retenerlo allí, le ordenaron irse - se dice *foglio di via*² - y él no sabía dónde porque su casa estaba aquí. Tenía poco dinero porque justo en esos días había nacido Francesco y tenía muchos gastos. Así que no se podía ir lejos y pensó en refugiarse en la casa del abuelo Geremia; pero dos paradas antes de llegar se encontró a uno de sus hermanos que había ido a decirle

2 Orden de destierro.

que bajara del tren y volviera atrás, o que llegara andando por otro camino porque los fascistas ya lo estaban esperando, listos con los palos y el aceite de ricino que por aquel entonces daban para fastidiar a todos los que no estaban de acuerdo con ellos. Si hubiese llegado como lo había planeado tal vez lo hubieran incluso matado, como hicieron con muchos otros.

Entonces papá pensó que no era buena idea ir a casa del abuelo Geremia que trabajaba como empleado y que podría quedarse sin trabajo por culpa de su hijo, y además sus hermanos, los tíos y las tías Geremia, no eran ni fascistas ni antifascistas pero querían vivir en paz y no se interesaban por la política. Así que, en lugar de ir allí, decidió ir a casa de un amigo que era un abogado muy bueno y honesto. Pero allí también habían estado los fascistas y habían destrozado muebles y libros y robado todo lo que se podía robar, y, después de pegarle y herirlo en la cabeza, lo habían llevado a la cárcel donde el año pasado murió de tuberculosis.

Estaba muy triste y preocupado, pobre papá, y se fue a ver a otro amigo muy amable que lo escondió en su casa. Pero un día ya no pudo más con tanta tristeza y volvió a casa.

Pero los fascistas se enteraron en seguida y uno de ellos, que era un poco amigo de la familia, avisó a la abuela de que ellos estaban a punto de detener a papá y confinarlo. Entonces mamá pidió dinero prestado, porque en casa no había, y papá se fue a Venecia y desde allí mandaba sus cartas a Génova donde un amigo suyo las volvía a enviar a otra persona de confianza que al final se las entregaba a mamá. ¡Pero qué largo y complicado!

Lo que ha pasado es realmente raro. Es decir, claro que mamá no necesita ser vigilada y ella sabe perfectamente lo que debe o no debe hacer, y la culpa la tengo yo por querer enterarme de todo y, cuando hay algo que no me dicen, pienso siempre en enormes tonterías. Porque ella en el salón era libre de hacer y decir lo que quisiera, y si vio al vendedor ambulante fuera no es asunto mío, soy muy tonta en pensar en ello. Sin embargo, me gustaría saber qué ha pasado; son muy raros los adultos y hacen de todo un misterio.

Cuando yo sea grande le diré siempre todo a mis niños, para que no piensen cosas feas, y nunca cerraré con llave la puerta del salón cuando reciba a alguien.

De todas formas, que yo lo sepa o no, debe ser realmente grave lo que ha ocurrido, de hecho, no sé de dónde volvió, pero de aquel lugar vino enferma y no quiere que entremos a verla y yo esta noche estoy obligada a dormir aquí, en esta habitación de la abuela que me entristece mucho.

Ni siquiera sé porque, pero sigo creyendo que la razón de todo esto es la visita que recibió ayer. No es porque fuera rara la visita en sí, porque al contrario, vienen siempre muchos vendedores ambulantes y nadie les presta atención; se intenta echarlos sin comprar nada y todo se acaba allí. Ese de ayer sin embargo era distinto a los otros, estaba muy triste y apesadumbrado mientras que normalmente los vendedores ambulantes sonríen, van perfumados, y parecen bailarines listos para la fiesta. Este sin embargo no iba bien vestido, y no sé porque, en cuanto lo vi se me encogió el corazón, bueno, en verdad solo un poco, y si no hubiera pasado lo que pasó después, no me hubiera ni acordado de él. Pero en fin, a lo mejor es cierto que estoy loca: ¿pero qué es lo que hace que piense que él tenga alguna relación con el hecho de que ahora mamá está enferma? Son cosas de nada a las que yo doy importancia porque de verdad debo estar loca. Pero de ser así yo no tengo la culpa.

Lo que ha pasado es que cuando él llegó con su maletín de piel negro, preguntando por la señora Geremia yo lo acompañé al salón y fui a llamar a mamá.

Mamá estaba muy molesta y me regañó porque no le pregunté el nombre y me dijo que no se recibe a todo el mundo de la misma forma y que antes de decir que ella está debemos preguntar el nombre y decírselo. Mientras tanto se cepillaba el pelo y seguía diciendo que aun peor si se trataba de un vendedor ambulante, que son tremendos y no puedes quitártelos de encima sin que te obliguen a comprar algo, y que ella no tiene dinero ni para comprarse cigarrillos y que yo todo esto lo sé y ya soy bastante grande para entenderlo. Total, me trató muy mal y yo tenía ganas de llorar y me parecía odiar a mamá, al vendedor ambulante y a todo el mundo.

No quería ver a nadie y me subí al desván con un libro.

Es cierto que allí hay muchas arañas, pero por lo menos ellas no hablan y no pueden decir todas las cosas malas que sabe decir la gente. Por allí, en el desván, pasa la caña de la chimenea, y apoyando la espalda, notas cierta calidez. También hay una buena fragancia a peras podridas y una ventanita que está casi encima del techo de una iglesia llena de pequeñas cúpulas donde por la tarde se reúnen muchísimos gorriones que hacen un gran ruido, y encima de una de las cúpulas más altas hay un zapato viejo, que me pregunto de verdad cómo ha podido llegar hasta allí.

Cuando empezó a oscurecer tuve miedo y bajé a la cocina, pero pasando delante del salón, vi que el vendedor todavía estaba allí. La luz aún estaba encendida y yo a punto de entrar cuando mamá me echó muy nerviosa y me di cuenta de que trataba a aquel hombre como si fueran amigos.

A mí me sentó muy mal porque era la primera vez que no permitía que me quedara en una visita como aquella. Cerró la puerta y en seguida oí como giraba la llave en la cerradura. Entonces volví a estar de malhumor, pero mucho más que antes, y tenía ganas de hacer algo para demostrar a los grandes que entiendo como ellos y que tratándome así son injustos y malos. Y eso que me daba pena Luisa, porque yo, en este sentido, me consideraba más afortunada. Sin embargo ella está mejor que yo porque no quiere a sus padres y no le importa lo que hacen.

Pero cuando por fin el vendedor ambulante se fue, mamá, a pesar de estar nerviosísima fumando un cigarro tras otro, intentó ser amable conmigo y, como para hacerse perdonar, me acarició la cabeza y me preguntó qué libro leía. Pero luego se le olvidó escuchar la respuesta.

Por la noche la escuchaba retorcerse en la cama sin poder conciliar el sueño. Yo tampoco dormía, pero cuando encendió la luz para buscar los cigarrillos y las cerillas yo cerré los ojos y fingí dormir. Hoy, además, cuando he vuelto de la escuela ella no estaba en casa, y era muy raro porque desde que papá se fue no sale nunca. La he buscado en todas las habitaciones y le he preguntado a la abuela pero ella me ha contestado bastante molesta - ¡Pero qué niña más pesada! Lo quieres siempre saber todo y no te despegarías nunca de las faldas de tu madre. Vete mejor y juega con las otras niñas y déjanos un poco en paz. Ha salido, ella, ha salido; se ha ido donde le da la gana y no tiene que rendirte cuentas a ti. Y además no me molestes con tus preguntas porque me duele la cabeza - .

Siempre es así, la abuela. No es que sea mala o que no nos quiera, porque todo lo contrario, si no fuera por ella que nos aloja en su casa y nos da de comer, tal vez deberíamos ir a pedir limosna; pero está nerviosa porque en su vida pasó demasiadas penas y, a lo mejor porque es muy vieja, se le ha olvidado que los niños también sufren y hay que tratarles amablemente.

De todas formas me he puesto muy triste también porque cuando mamá no está, la casa me parece vacía y me aburro y tengo miedo. Así que me he quedado esperándola.

Cuando por fin escuché el portón, pensé que estaba volviendo y fui corriendo hacia ella.

Estaba tan amarilla que daba susto y parecía una viejecita. Sin ni siquiera saludarme dijo en seguida: - Ve a la cocina y prepárame una bolsa de agua caliente y una taza de café. Llévalos a mi cuarto y avisa a la abuela que esta noche dormirás con ella porque yo estoy mal - .

La cena fue muy triste, es más la abuela no puso ni la mesa y cada uno comió en la cocina lo que encontró.

Ahora estoy en esta gran cama, con estas mantas demasiado pesadas, tiesas y frías, con el aire helado que me baja por la espalda y, en la mesita, esa lámpara de aceite que balancea iluminando ahora un lado, ahora otro, y no me deja dormir. Porque este es el cuarto más triste de todos, con muchas ampliaciones fotográficas de personas muertas: la del abuelo con bigote y barba blanca, la del tío Piero que murió en la guerra y que tiene una bonita cara redonda pero los ojos que parecen asustados por algo; la de la tía Carla que se murió con dieciocho años y que todos dicen que era bellísima, pero de ella solo ha quedado esta fotografía donde no parece muy guapa, la del tío Giavannantonio, vestido de oficial y con la cabeza casi rapada y el bigote negro, que era el hermano de la abuela y que se murió cayendo de un caballo, y luego aquellas de todos los hijos de la abuela que se murieron siendo todavía pequeños, y dos han sido fotografiados cuando ya estaban muertos, con una corona de flores blancas y encajes a su alrededor.

Además de las fotos está el cuadro de S. Juan vestido de pieles, con el bastón y un cordero; y el de Santa Rita tumbada en una caja de cristal con muchas pequeñas rosas de papel alrededor; el de la Virgen con la cara casi negra y el fondo dorado y por último un crucifijo enorme y cubierto de sangre, que parece de verdad. Y la lámpara de aceite, que al moverse, da la impresión de ser Jesús moviéndose en la cruz.

Si además pienso que en esta cama donde tengo que dormir yo han estado tumbados también todos aquellos muertos, primero cuando estaban vivos, y después antes de que los pusieran en el ataúd, entonces me pongo muy tiesa y no puedo respirar.

Pero esta tarde, junto con este miedo no me abandona el pensamiento de mamá en su cuarto y quisiera saber de verdad dónde ha ido hoy y qué pasó ayer, en el salón, cuando estaba el vendedor ambulante.

Ahora esto es lo que faltaba. Últimamente no hay nada que nos vaya bien y no sé de verdad cómo se lo diré a mamá, con el humor que tiene estos días; además, de todas formas, no tiene dinero para comprármelo. ¿Entonces como lo haré?

El Director ha vuelto también esta mañana para decir que a partir de la semana que viene todos los alumnos de las escuelas, también los de primaria, los sábados deben llevar el uniforme fascista y quien desobedezca será echado de la escuela y tendrá una nota muy mala en su informe escolar. Después ha leído los nombres de las niñas que tendrán gratuitamente el uniforme porque son pobres y les ayuda el patronato.

¿Y entonces cómo lo haré? Para empezar mamá no tiene dinero para comprármelo y además, aunque lo tuviera, no sé cuánto triste se pondría viéndome con ese ridículo uniforme casi de luto. No quiero decir que me gustaría que me lo dieran, todo lo contrario. Pienso que el Director es muy poco delicado cuando lee en voz alta los nombres de las niñas pobres. Sé muy bien que no hay que sentir vergüenza por ser pobre, sin embargo algunas de esas niñas estaban igualmente humilladas.

Cuando volvíamos del colegio hablé de ello con Luisa y le dije que mi padre es antifascista también porque no quiere que hayan ricos y pobres porque todos somos hijos de Dios y no debe haber diferencia entre unos y otros. No es justo que si un idiota nace en la casa del rey ese idiota se convierta en rey y que todos lo honren, como en el cuento de *El traje nuevo del Emperador*, y si por el contrario uno nace inteligentísimo pero en la casa de un pobre, permanecerá pobre y ni siquiera podrá estudiar para que conozcan su inteligencia.

Luisa estaba de acuerdo conmigo y hemos decidido que cuando seamos grandes seremos antifascistas nosotras también y que mientras tanto podemos empezar a decir estas cosas a las compañeras más simpáticas. Hemos pensado también que podemos hacer una sociedad secreta, como los carboneros de la historia que estudia-

mos este año, y que todos aquellos que pertenezcan a nuestra sociedad secreta, deberán tener alguna marca para reconocerlos. Hemos pensado en un lacito blanco y rojo, pero si luego, por casualidad, alguien tiene el mismo lacito y nosotros lo creemos de los nuestros podemos en cambio caer justo en las manos de un espía enemigo que hará que nos detengan y nos fusilen a todos, como le pasó a Ciro Menotti y al abogado Morelli³ que confiaron en aquel traidor del duque de Mantua. Así que, de momento, aún no hemos decidido nada sobre este punto. En cambio hemos pensado que las reuniones podríamos hacerlas en el campo y los objetos que pertenezcan a la sociedad secreta podríamos enterrarlos en esa pequeña gruta que está por encima del ferrocarril.

Me gusta mucho hablar con Luisa de estas cosas porque las entiende rápido aunque nadie se las había contado antes. Ella de todas formas me da realmente mucha pena – si bien tiene muchos vestidos bonitos y tres pares de zapatos a los que la camarera siempre le saca brillo - porque me ha dicho que ahora se avergüenza de su padre que los sábados se pone el uniforme y se va a hacer discursos, mientras a veces, en casa y cuando nadie de fuera lo escucha, se hace el antifascista él también.

Sería mejor si fuera un fascista convencido, porque entonces solo sería un estúpido, sin embargo así es también un cobarde.

Papá en cambio solo hacía las cosas de las que estaba convencido y si algo no le parecía justo no lo hacía, bajo ningún concepto. Y mamá estaba de acuerdo con él.

Una vez le concedieron un premio de quinientas liras, que son muchísimas y yo creo que nunca volveré a ver tantas juntas, por sanear una tierra que antes parecía árida y donde no se podía cultivar nada, sin embargo él mandó excavar un pozo y por medio de una bomba subía mucha buena agua que serviría para regar una gran huerta y unos prados y para abreviar al ganado.

3 Ciro Menotti y Salvatore Morelli fueron dos patriotas que participaron en la Unificación de Italia.

Por eso le habían dado este premio y le habían mandado una nota donde decían que tenía que ir a recogerlo el veintiocho de octubre en la fiesta de ellos. Justo en esos días, como ahora, no tenía ni una sola lira porque papá había perdido su trabajo en la escuela y no podía ganar nada; pero no le apetecía participar en la fiesta de los fascistas y había entendido que el premio se lo daban sobre todo para atraerlo allí. Entonces, de acuerdo con mamá, escribió una carta en la que pedía que esas quinientas liras fueran como beneficencia al hospital. Así que esa vez también los fascistas quedaron decepcionados. También es cierto que nosotros no vimos las quinientas liras, pero mejor así.

Estos días hace otra vez un poco de sol y la viuda de la taberna saca a la calle dos mesas y algunas sillas de hierro y los borrachos se sientan a beber y a discutir.

El domingo pasado, a primera hora de la tarde, estaba sola y no tenía nada que hacer, entonces me puse en la puerta a mirar la calle.

Sentado en una de las mesas había un joven muy guapo, con el rostro muy pálido y blanco como el marfil, que me parecía muy melancólico. Iba vestido como un obrero o un campesino en los días de fiesta, pero no estaba moreno como suelen estar ellos; también las manos las tenía blancas y finas. Estaba solo y tenía delante una botella y un vaso. Tomaba un vaso tras otro, sin mirar alrededor y como absorto en un pensamiento tan triste que no le permitía ni darse cuenta de dónde estaba y qué hacía; pero cada vez se ponía más pálido, tanto que los labios parecían negros.

En cuanto la botella se vaciaba llegaba la viuda que tal vez estaba allí atrás espíándolo, y se la cambiaba por otra llena. Y él bebía, bebía, sin levantar nunca los ojos del pequeño círculo de su mesa. Luego, en algún momento, el sol ya se había ido y el aire comenzaba a ponerse azul, él se levantó, con el rostro blanco y los labios morados, y se fue caminando en zigzag por el callejón, con la cabeza y la espalda tíasas como si estuviera hecho de madera.

Yo, no sé porque, tal vez porque sin darme cuenta había estado mucho tiempo parada mirándolo sin pensar en nada más, tal vez porque con esa cara tan blanca y bella me había dado mucha pena, o tal vez porque tan solo y silencioso parecía un fantasma, o tal vez porque sentía mucho que un hombre tan hermoso que parecía un ángel se emborrachase, no sé de verdad porque, pero estaba tan impresionada que de repente empecé a vomitar y me di cuenta de que tenía fiebre.

Entonces fui a acostarme y cuando me encontró mamá tenía dos décimas más de cuarenta y no podía olvidar la cara tan blanca de ese hombre. Pero me dio vergüenza hablar de ello con mamá.

Pero en fin, me dan mucha tristeza los domingos con todos aquellos borrachos que cantan y gritan por las calles.

Hace mucho tiempo que papá se fue y algunas veces me parece incluso que no haya existido nunca y que nos lo hemos imaginado nosotros. Aun más ahora que no nunca llegan noticias tuyas. Han pasado muchos y muchos días desde su última carta y veo que mamá está realmente desesperada.

Cuando el cartero empieza a silbar por el barrio se pone cada vez más nerviosa y entonces va y viene por la casa intentando trabajar y no se da ni cuenta de que hace una y otra vez las mismas cosas, sin sentido. Ayer, estábamos así, hablando de las historias de siempre de los fascistas que yo ya me sabía porque me las había contado otras veces, cuando de repente escuchamos, justo debajo de la casa, el silbido del cartero. En seguida entendí que mamá ya no pensaba en otra cosa, y se fue hacia la ventana y cogió una sábana, la sacudió un poco y luego volvió a tenderla; después daba vueltas por la habitación; cambiaba el peine de sitio, se arreglaba el pelo y luego sin darse cuenta volvió otra vez a la ventana y sacudió la misma sábana de antes.

Me daba pena y a la vez sentía una especie de vergüenza al verla tan nerviosa. Después el cartero pasó delante de nuestro portón sin pararse y mamá se quedó un momento inmóvil, y entonces, mirando a otro lado me dijo: - ¿Te has dado cuenta de que ya no llegan cartas de papá? - .

Claro que me he dado cuenta y la gente también lo sabe, no sé de verdad cómo, y todos dicen que no es cierto que papá está en París trabajando sino en España, luchando contra los fascistas y que entonces nosotros a lo mejor no lo veremos nunca jamás.

Hace algunos días, cuando volvíamos del colegio, una mujer muy antipática nos paró para preguntarnos por qué no llevamos el luto, dado que somos huérfanos. No se lo hemos contado a mamá, pero Francesco tenía los ojos rojos por la rabia y decía que a esa mujer la matará. No creo que lo hará, sin embargo.

Mamá afortunadamente no sale nunca y quizás no sepa nada de todo lo que se dice por allí. Pero qué Navidad más triste será esta.

Ayer hizo otra vez un poco de sol y fui al campo con Luisa. Estaba muy contenta de salir porque mamá ahora está siempre tan triste que no habla casi nunca y todos en casa parecen recién llegados de un entierro; cuando vuelvo de la escuela hago los deberes y después me pongo triste yo también y no sé cómo pasar el tiempo porque ni siquiera tengo ganas de jugar, con mamá que parece estar enferma y la abuela que siempre tiene dolor de cabeza y no hace otra cosa que suspirar. No se atreve a charlar demasiado ni el brigada De Gennaro, como hacía al principio, cuando había alguien que, aunque poco, le seguía el juego. Ahora habla y nadie le contesta; entonces suspira y él también se queda en silencio. Pero no aguanta mucho y empieza otra vez, pero sin embargo no consigo más que algún refunfuño distraído. Estos silencios son muy distintos a que los que hay a veces cuando los mayores conversan entre amigos. Recuerdo que cuando papá estaba en casa, a menudo, por la tarde, después de cenar, llegaban Pel Bianco y los otros y mamá servía café o vino y cuando llegaba la hora escuchaban las emisoras prohibidas. Luego empezaban a discutir y no acababan nunca. Parecían realmente enojados pero solo bastaba que mamá dijese una palabra para que de inmediato bajasen la voz. Mamá sin embargo no hablaba mucho, estaba pendiente de que todo el mundo tuviese su bebida y luego fumaba en silencio escuchando. Pero era muy distinto de lo que pasa ahora con el brigada De Gennaro.

Luigi Pel Bianco nos traía chocolate y le gustaba conversar con nosotros los niños y decirnos al oído secretos que en realidad no eran secretos para nada. Él tampoco gritaba nunca y cuando abría la boca para hablar todos los demás se quedaban callados escuchándolo. Solo una tarde me acuerdo que dijo algo, pero no sé qué, y papá, que algunas veces, para ser sinceros, era muy descortés incluso con esos viejecitos como Luigi, le contestó con terrible tono de desprecio: - Claro, Keresnky... y entonces? Quieres hacerte el carnet del partido fascista? - .

Los grandes se molestan si se pregunta demasiado, así que no sé quién o qué es este Kerensky pero no se me olvidó, y no sé qué quería decir papá, pero seguramente era algo muy malo porque Pel Bianco se puso muy rojo hasta debajo de su pelo tieso y cándido y con los ojos llorosos se levantó para irse.

Entonces los otros también se levantaron y lo rodearon, y hubo quien lo cogía por un brazo quien por el otro; papá también se acercó, un poco confundido y le dio una palmadita en el hombro diciendo: - Perdona, son espinas que nos pinchan a todos, y entonces decimos más de lo que queremos y pensamos - . - Ya, ya... - contestó Pel Bianco y se sentó. También los demás se sentaron y por un largo tiempo se quedaron en silencio, pensando. Era un silencio muy distinto del que hay ahora en casa, de hecho pasaba a menudo y no porque pasara algo en especial, como esa tarde, sino que así, de repente, sin una razón.

Entonces yo me quedaba esperando con curiosidad para saber quién hablaría primero, y me parecía que tenía que ser bastante incomodo quedarse así, todos reunidos, mirándose sin saber qué decir. Pero al mismo tiempo pensaba que tal vez tenían miedo de empezar a hablar otra vez, como si corrieran el riesgo de que, en lugar de su propia voz, se encontraran en la garganta el ruidoso canto de un gallo. Y pensaba en el efecto que tendría eso si hubiese pasado. ¿Pel Bianco con voz de gallo? ¿O el Doctor Boccadoro con voz de gallo? ¿O el abogado Luna que cuando habla mueve siempre sus enormes manos blancas como si estuviera tocando el violín? ¡Qué efecto más raro hubiera surtido!

El silencio ya duraba mucho tiempo y el tic-tac del péndulo se hacía cada vez más fuerte y molesto y todos lo escuchaban aguantando la respiración. Pero de vez en cuando alguien suspiraba o se movía en la silla haciendo algún ruido, seguro que para demostrar que no se había dormido.

Yo me quedaba esperando y apostaba conmigo misma sobre quién hablaría primero. Luego contaba mentalmente para ver a qué

número llegaría hasta cuando alguien retomara la conversación y pensaba que si fuera par, a saber porque, me traería mala suerte, si impar suerte. Sin embargo no conseguía nunca darme cuenta hasta qué número había llegado cuando todos juntos, de repente, volvían a hablar. Después de la primera fase, en la que hablaban en voz alta como si tuvieran miedo de que no se les escuchara, había siempre, otra vez, un silencio, pero menos largo que el primero, y luego retomaban la conversación como si no hubiese pasado nada.

Ahora, cuando el brigada De Gennaro habla y nadie le contesta, es muy distinto. Se entiende que mamá y la abuela no le hacen caso para nada y que están pensando en otras cosas. Entonces él enciende uno de esos pestosos puros y se calla hasta que su naturaleza de parlanchín se lo permite. Algunas veces me da hasta pena, aunque venga a casa para espiarnos, porque para él tampoco tiene que ser muy divertido, con esta cara que tienen todos como si entre nosotros hubiera un muerto o un enfermo muy grave. Por eso yo también, cada vez que viene Luisa a buscarme, salgo fuera con ella. De todas formas ayer hubiera sido mejor quedarme en casa, en lugar de escuchar aquellas cosas feas, que aunque me esfuerce pensando en otras cosas, como por ejemplo en Luigi Pel Bianco y en esa historia de Karensky, no consigo quitarme de la cabeza.

Estábamos allí, protegidas por una roca, sentadas mirando unas revistas que había traído Luisa, cuando se acercó Mamelí, esa compañera que está en la última fila cerca de la ventana y no sabe contestar nunca cuando la maestra le pregunta, y, sin que nosotras se lo preguntásemos, nos explicó cómo nacen los niños. Yo un poco lo sabía, pero no me gustaba pensar en ello, pero lo que nos dijo Mamelí fue mucho peor porque no nos explicó solo como nacen sino también como se hacen, y es algo tan asqueroso que yo no lo puedo creer, yo no lo quiero de verdad creer y si puedo olvidarlo mejor: pero no sé si lo conseguiré porque al revés no paro de pensar en ello también cuando parece que pienso en otras cosas. Y ahora me da incluso vergüenza mirar a mamá, después de haber escuchado

esas cosas tan asquerosas, y si no se me olvida será muy feo porque después, aunque seamos amigas no conseguiré nunca preguntarle si es verdad. ¿Y si luego me dice que no es una invención de Mame-li? Cuando nos quedamos a solas Luisa y yo, le dije que no me lo creía, pero ella me contestó que lo había escuchado también en otra ocasión y que a lo mejor era verdad, porque también los gatos y los perros lo hacen, ella los había visto.

Pero yo le contesté que los hombres no son ni gatos ni perros y que no quería volver a escuchar nada más de ello. Pero en cambio estoy siempre pensando en ello.

Y todo esto, junto con las historias que se cuentan por ahí de papá y que no recibimos noticias de parte de él y que mamá y la abuela están tan tristes y nerviosas, en algunos momentos hace que desee estar muerta, porque la vida es realmente mala.

Son maravillosos estos juguetes que los amigos de papá nos regalaron por Navidad. Nunca habíamos tenido juguetes tan bonitos: para Francesco hay un mecano grandísimo y un dirigible con dos bonitas bombillas rojas; para mí hay una muñeca que se puede vestir y desvestir y peinar y que cierra los ojos, y una pequeña cocina muy bonita con las cacerolillas de cobre; y para Carla otra muñeca vestida de holandesa y los muebles de dormitorio para una muñeca pequeña. También nos regalaron libros, entre ellos Robinson Crusoe, me gusta muchísimo, y cada uno tiene su dedicatoria. Una es muy graciosa y la recuerdo siempre: “Para Carla, Marina, Francesco - de parte del tío Luigi Pel Bianco - *Befano*⁴ poco fresco - pero amigo muy franco”. Además, y este es el regalo más bonito de todos, hay un proyector con tres películas muy divertidas; en una se ve un caballo que corre y para llegar primero se estira como una serpiente; las otras son de *Charlot* y de *El Gordo y el Flaco*.

Estábamos tan felices por tener todos estos regalos, ya que luego también la abuela y los tíos nos regalaron vestidos y zapatos, que casi se nos olvidó que papá no estaba con nosotros. Pero no creo que papá se disgustara, porque nos quiere mucho y seguramente es feliz si nosotros somos felices. Pero mamá sigue estando nerviosa y triste porque no llegan cartas de papá y también, empiezo a pensar que habrá escuchado esa historia de que papá está en España con los Rojos y que desde la radio extranjera da discursos en contra de Italia y que por eso, como dicen ellos es un enemigo de Dios y de la Patria. Pero no todos dicen eso; está por ejemplo Giovanni, el campesino que trabaja para la abuela y que me trae a menudo cosas del campo - pajaritos vivos e incluso una pequeña liebre que temblaba como si tuviera la malaria - que ayer me dijo: - Si le escribes al profesor salúdalo de mi parte y dile que es el hombre más apañado que conozco. ¡Palabra de Giovanni! - .

4 La Befana en Italia tiene el mismo papel que los Reyes Magos en España. Es una vieja bruja buena que vuela encima de una escoba repartiendo regalos a los niños durante la noche del 5 al 6 de enero.

Seguramente él también había escuchado esas historias y quería decirme que no creía que papá fuera un traidor. Y me alegra mucho porque Giovanni no es un tonto cualquiera, aunque algunas veces él también se emborrache. Me hubiera gustado de verdad que mamá lo escuchara, estoy segura que se pondría contenta y tal vez sonreiría. Está siempre muy triste y se alegra un poco solo algunas veces, y por poco rato, cuando la radio da buenas noticias. Incluso cuando vinieron los amigos para felicitarnos casi no podía hablar, al contrario, en un momento dado, se veía que se esforzaba para no romper a llorar. Es muy incómodo cuando los grandes lloran, mirarlos da casi vergüenza.

Quizás sea para que no la veamos llorar que se pasa mucho tiempo encerrada en su cuarto y nos deja entrar solo alguna vez para rezar el rosario con ella.

Hasta tuve que hacer yo sola el belén. Los años anteriores íbamos todos juntos a coger el musgo y la esparraguera así dábamos un bonito paseo en el campo entre piedras y robles, porque allí el musgo está más verde y tiene unos pequeños helechos que luego, en el belén, parecen palmeras. A la vuelta papá lo arreglaba todo y colocaba el pesebre de corcho. Juntos recortábamos las figuritas y las pegábamos al cartón, después, para que ablandadas por la humedad no se doblasen, papá las colgaba en la esparraguera con unos hilos tan bien colocados que parecían invisibles, como en un teatro de títeres. Mamá nos veía trabajar y nos gustaba saber que estaba allí, aunque no hiciera nada. Francesco y yo éramos los “ayudantes de campo” así nos llamaba papá, siempre listos para obedecer sus órdenes, mientras Carla, que recién empezaba a hablar y caminar nos hacía reír con sus muecas y sus frases sin sentido.

Pero este año papá no estaba para hacer el belén, mamá estaba encerrada en su cuarto, Carla en casa de la tía Geltrude y Francesco empieza a darse aire de mayor y dice que él ya no disfruta con estas tonterías de niños. Pero a mí no me parecen tonterías e intentaba recordar como hacía papá, para que el belén fuera bonito como los

años anteriores; pero haciéndolo sola no me divertía. Por suerte luego vino Luisa y con ella añadimos las velitas y mirándolo, al final me pareció no haber trabajado inútilmente. Luisa ha sido muy amable y me ha regalado un libro con los cuentos de los hermanos Grimm que yo ya tenía pero con menos dibujos. Yo he correspondido con unas cacerolitas de cobre.

Pero ahora que las fiestas han acabado y que también la Befana ha venido, es triste deshacer el belén. Pero ya no sirve y además parece viejo y gastado: el musgo está seco y polvoriento, la esparaguera se cae por todas partes y las figuritas que no supe colgar bien se han emblandecido y están tendidas en el suelo como si estuvieran muertas. Los otros años no me daba cuenta cuánto triste es un belén muerto, porque la noche de la Befana el belén desaparecía mágicamente y en su lugar se encontraban los regalos. Papá nos decía que se lo había llevado la vieja con la escoba, pero yo sabía desde ya hace mucho que todas estas historias de magos, brujas, befanas y niños - Jesús no son ciertas, pero me gustaba seguir como si me lo creyera de verdad.

Ahora entiendo porque papá hacía que desapareciera por la noche; esto de hecho, cuando hay que deshacerlo, es un momento tan triste que pienso que no volveré a hacer un belén nunca jamás para no verlo tan muerto y luego tener que tirarlo a la basura. Es casi como enterrar a una persona querida y para la que hemos trabajado mucho.

Ahora no solamente debemos llevar el uniforme, los sábados, sino que también las Pequeñas Italianas de primaria debemos ir a la concentración.

Hasta este año yo no había ido nunca y tampoco sabía bien de que se trataba, así que no imaginaba que fuera algo tan estúpido y aburrido que no se entiende de verdad para qué sirve. Acabadas las clases volvemos a casa para comer, después, a las dos y media, debemos encontrarnos otra vez en el patio detrás del colegio, que se llama gimnasio descubierto pero que en realidad es una especie de vertedero cruzado por dos riachuelos de agua apestosa.

Las maestras normalmente llegan tarde y mientras tanto nosotras, si hace sol, jugamos a la rayuela o al pilla pilla, pero esto no sale bien porque somos muchas y nos damos empujones; si en cambio llueve nos dejan entrar al gimnasio cubierto donde en el horario escolar se reparte la comida y allí estamos todos muy apretados, los niños por un lado y las niñas por otro, y no se puede hacer otra cosa que charlar.

Cuando las maestras llegan nos ponen en fila y pasan lista, luego se reúnen entre ellas y hablan mucho mientras las jefas de fila se encargan de que estemos en orden y en silencio. A veces las maestras que también llevan uniforme, nos ponen a marchar y a hacer el saludo fascista.

Una vez vinieron unos señores con el uniforme y uno, muy bajito de estatura pero que andaba dándose aires, con la cabeza echada para atrás y un sombrero muy alto decorado con pájaros dorados, dio un discurso. A mí me dolían las piernas porque llevábamos mucho tiempo de pie y por eso no entendí nada de lo que decía, solo oía que gritaba y a veces hacía unas pausas tan largas que pensábamos que hubiera acabado; en cambio volvía a empezar, gritando cada vez más fuerte, y parecía estar enfadado con alguien. Al final del discurso una niñita de primero le dio un ramo de flores que él en seguida devolvió al director que estaba de pie a su lado, en el escenario, y un grupo de Jóvenes Italianas de magisterio cantó *Giovi-*

nezza. Yo estaba tan cansada que casi no podía mantenerme de pie y lo que más deseaba era poderme sentar, por lo menos en el suelo. Pero era realmente imposible porque estaba en la primera fila.

Cuando se lo conté a mamá no imaginaba que le impactara tanto, sin embargo antes se puso roja y luego pálida y dijo, pero casi susurrando: - Malditos! - y salió de prisa de la habitación sin dejar que acabara. Poco después nos llamó arriba para rezar el rosario, porque ahora lo rezamos todos los días y rezamos también muchas más oraciones. Pero yo no consigo rezar hasta el final sin distraerme.

Al principio intento pensar mucho en las palabras que estoy diciendo: “Ave Maria” es un saludo que algunos viejos todavía utilizan, y María es la mamá de Jesús, o sea las personas educadas empiezan saludándose. “Plena de gracia”, es un halago porque decirle a alguien algo que le agrade es muestra de amabilidad. “El Señor es contigo” significa que se sabe que ella goza de la gracia de Dios. Todo lo demás, hasta “de tu vientre Jesús” son otros halagos, incluido ese “fruto de tu vientre”, que me parece realmente feo, casi escandaloso, y si no estuviera en una oración me avergonzaría hasta oírlo. Pero, ya que está, no se puede saltar, porque de todos modos pensaríamos en ello y tal vez sería incluso peor. Luego, desde Santa María, se empieza a pedir ayuda para la vida y para la muerte.

La primera vez pienso en ello, la segunda también, pero luego es cada vez más difícil hasta que de repente me doy cuenta de que tengo en la cabeza cosas de todo tipo, incluso no muy buenas, y que ni siquiera sé si mis labios están pronunciando las palabras de la oración.

El *Padre Nuestro* me gusta más porque allí no hay ninguna palabra inútil mientras que, a decir la verdad, en el Ave María me parece que la mayor parte son chismes y que sería como si alguien, por ejemplo, me dijera: - tu eres Marina Geremia, y tu padre se llama Marco, y cursas la escuela primaria, y no eres guapa pero la gente dice que tienes unos ojos bonitos y que eres sabia... - y así suce-

sivamente. Todas cosas inútiles, y como ya me las sé, me gustaría contestar: - Vale, lo sé, pero ahora dime qué quieres de mí - .

En este sentido, aunque me de tristeza y miedo, es mucho mejor el *Eterno Reposo*, que por lo menos dice en seguida lo que quiere pedir, mientras que también *Oh María sin pecado concebida*, a pesar de ser muy breve, empieza diciendo cosas inútiles. Aparte el hecho de que “concebida”, que a lo mejor es una especie de apellido, me sale siempre separado “con cebida” y entonces pienso que María es *con cebida sin pecado*, como si cebida fuese el contrario de pecado y entonces empiezo a preguntarme qué podría ser esta rara “cebida” de la que nadie nunca habla. ¿Que se trate de una persona? ¿Y entonces quién puede ser? Y empiezo a imaginarme que a lo mejor es una mujer de Galilea, amiga de María, y casi las veo, a María y a Cebida, que hablan sentadas al sol delante de la puerta de sus casas que imagino bajas y limpias como la del Maestro Giovanni, el carpintero que viene de la península. Charlan mucho tiempo en voz baja luego, de repente, Cebida se levanta y dice: - Discúlpeme, comadre María, acabo de darme cuenta de que mi marido vuelve ahora del trabajo y si no encuentra la cena se enoja”- .

Entonces María se queda sola mirándose las manos y pensando en lo que estaban diciendo. Después ella también se levanta llevando los taburetes que estaban en la calle delante de la puerta y por un momento, antes de entrar a la cocina, mira un poco alrededor viendo cómo el cielo se pone azul porque ya está casi oscureciendo.

Su casa es sencilla y pobre; hay pocos objetos pero todo está muy limpio, y hay también un florero encima de la mesa que está cubierto por una alfombra color granate y oro con dibujos de árabes que tocaban la flauta arrodillados debajo de las palmeras.

María se mueve silenciosa preparando la cena como si esperara a alguien o algo, con su rostro siempre serio, sin una sonrisa, y como perdido en algún pensamiento.

Nunca me la imagino junto a Jesús o a San José, sino solo con Cebida.

Por otra parte, San José, pobre y viejo, me da un poco de pena, no sé por qué, pero no me cae bien, como San Miguel Arcángel, por ejemplo, o San Jorge que es guapísimo cuando desde lo alto de su caballo mata al dragón.

Así que entre un pensamiento y el otro, se me olvida que estoy rezando y no sé ni siquiera por dónde voy. Pero de forma mecánica sigo pronunciando las palabras y mamá se cree que estoy rezando de verdad. Porque ella, ahora que estamos todos muy preocupados por papá que no nos ha vuelto a escribir más y que todos dicen que está en España, quiere que recemos muchísimo, también para los muertos que a cambio rezan por nosotros y así nos ayudan. De hecho hay una especie de pacto, en el que las almas del Purgatorio, que no pueden rezar por sí mismas sino únicamente por los demás, rezan para quien se acuerda de ellas; así que es un intercambio: cuanto más recemos por ellas tanto más ellas rezan por nosotros, y todos ganamos algo.

Carla sin embrago no aguanta y a menudo, se duerme. Entonces mamá la despierta porque las oraciones de los inocentes son las que más se escuchan; pero a veces le da demasiada pena y la deja dormir. Como la otra tarde. Casi al final de la oración mamá se dio cuenta que Carla se había dormido, entonces la movió un poquito por los hombros y le dijo: - arriba, arriba, Carla, que ya casi hemos acabado: di Jesús! - Y Carla medio dormida, contestó: - ... etcii! - .

Yo no me pude aguantar y rompí a reír mientras Carla cerraba los ojos y se volvía a dormir. Mamá también sonrió y la puso en la cama sin ni siquiera acabar la oración.

En el Evangelio pone que si te dan un bofetón no solamente debemos perdonar de inmediato sin pensar en vengarnos, sino que no debemos ni siquiera defendernos y al contrario debemos poner la otra mejilla. Y esto se dice no solo para las bofetadas de verdad sino que también para todas aquellas ofensas que hay que aguantar sin contestar nunca con otras ofensas, sino únicamente con paciencia. Nos lo ha explicado la maestra y mientras lo decía me parecía

muy justo. Porque, en el fondo, si uno mata para defenderse de otro que lo quiere matar no por eso es menos asesino. De la misma manera, pensaba, cuando nos peleamos entre niñas o mujeres, si no se contestara a la primera ofensa con otra más grande, la historia se acabaría al comenzar y la paz volvería casi en seguida. Entonces me imaginaba lo que podía pasar si uno llega y te da un bofetón y tú, sin decir nada, lo miras con dulzura y le pones la otra mejilla. A lo mejor pasa que ese te da otro bofetón, o a lo mejor en cambio se queda con la mano levantada y no sabe qué hacer o pensar y así, de repente, se da cuenta de que toda la ira se le ha ido y tal vez te abraza, y mientras que antes te odiaba ahora te quiere porque le has enseñado a ser bueno. Me parecía muy bonito y casi tenía ganas de que alguien llegase a darme un bofetón, para intentar poner la otra mejilla.

Pensando en esto me había distraído y ya no escuchaba las palabras de la maestra pero, desde la ventana, miraba la colina verde y sin árboles que está detrás del colegio y donde, en los días de sol, se sienta mucha gente a leer y hablar. Esas personas me parecen siempre muy felices y sin pensamientos, como si en toda su vida no tuvieran que hacer otra cosa que disfrutar del sol en un lugar protegido del viento.

En la colina a menudo hay también ovejas y sus balidos se escuchan hasta dentro del aula, pero muy lejanos y bonitos y calmados.

Y así, mirando a la gente sentada al sol y la colina verde como el musgo del belén, sin ni siquiera darme cuenta seguía pensando en lo que había dicho la maestra, pero, al mismo tiempo, no sé cómo, me había venido a la cabeza que si los buenos pusieran siempre la otra mejilla podría incluso pasar que los prepotentes acabaran siendo los dueños de la tierra. Los fascistas, por ejemplo, son unos prepotentes que hacen todo para ofender a la gente, y, si le hiciéramos caso al Evangelio, acertarían más aquellos que soportan sin rebelarse que los hombres como papá que si pudieran enviarían a

la cárcel a todos los fascistas. Y papá, también cuando se asomó a la ventana diciendo: - Si alguien entra en mi casa lo mato como un perro! - no se portó como quería Jesús, porque al contrario hubiera tenido que ir hacia esos exaltados diciéndole: - Entrad, entrad sin dudar, y romped todo lo que tenéis por delante e incluso, si queréis apalearme a mí a mi mujer y a mis hijos, hacedlo, porque nosotros pondremos la otra mejilla... - Pero esto tampoco hubiera sido lo correcto porque cuando se puede hay que impedir que los otros hagan el mal, de lo contrario los dos pecaríamos, quien lo hace y quien lo deja hacer. Esto también nos lo dijo la maestra pero no me acuerdo si está en el Evangelio o en Los Mandamientos de Dios.

Así que ahora, si es cierto lo que dice la gente y lo que también creo yo, que papá está en la guerra, comete un pecado grave porque en la guerra se matan a hombres y los periódicos y la radio dicen que los Rojos matan también a niños, a mujeres a monjas y a curas. Pero esto yo no me lo quiero creer y también mamá dice que es “propaganda”. De todas formas, que se trate de curas, niños u hombres, a la guerra se va para matar, y sea con los Rojos sea con los fascistas se comete un grave pecado.

Y entonces, ¿por qué el Obispo, el otro día, justo después de las Navidades, dio un sermón a todos los jóvenes de las escuelas, y nos llevaron también a nosotros de primaria, y hablaba bien de los fascistas que luchan en España? Ellos también son asesinos, igual que los otros.

Yo, a decir verdad, no entendía todo porque él gritaba y su voz dentro de la catedral hacía junto con el eco un ruido raro, y además estaba cansada de estar de pie y me dolían las piernas, y, sin quererlo, me distraía continuamente; pero escuché que los jóvenes fascistas que luchan en España hacen una guerra justa y son como los Cruzados que fueron a liberar el Santo Sepulcro. Esto lo escuché con mis oídos y en ese momento estaba muy atenta y al Obispo le veía bien la cara. Era tan terrible que me daban escalofríos: con la sotana roja, el gran bastón de oro y ese gorro muy alto de punta, que

parecía hecho de cartón y que se llama mitra. Su cara estaba casi morada y los ojos saltones, a lo mejor porque gritaba mucho.

Detrás de él, en el altar mayor, estaban las velas encendidas que parpadeaban deslumbrando, y muchísimos curas y seminaristas sentados alrededor, con los brazos cruzados y los ojos fijos, mirando al Obispo que hablaba. Algunos estaban tan concentrados que parecían dormidos.

No sé por qué, todos juntos, con el Obispo en el medio y tan enfurecido, me daban tanto miedo que a veces no podía respirar. No es que les temiera de verdad, ni a ellos ni al Obispo; pensándolo sabía que no me podía hacer nada, pero, al mismo tiempo, me parecía que si el Obispo se hubiese dado cuenta de que en la catedral estábamos también Francesco y yo nos hubiera hecho salir de las filas y nos hubiera señalado diciendo a todo el mundo que éramos los hijos de un mahometano que no quería devolver a los cristianos la tumba de Jesús. Y nosotros éramos muy pequeños y débiles, y el Obispo nos gritaba y todos nos miraban enojadísimos y las águilas se salían de los sombreros de los jerarcas y doradas y muy grandes volaban en alto por la nave central y luego en las laterales, buscándonos, y se nos venían encima con un zumbido mientras la gente se subía al altar y nos pisaba, nos arrancaba el pelo y nosotros nos retoríamos en sus manos como pececitos y nos arrodillábamos pidiendo perdón pero yo, de repente, sin pensarlo y casi sin quererlo, me agachaba y le mordía un tobillo al Obispo y su sangre me llenaba la boca y me daba tanto asco que del estómago me subía una náusea insoportable.

Y de hecho, cuando pensaba en estas cosas me parecía vivirlas de verdad, como en el cine, empecé a sudar y la boca se me llenó de saliva salada y fría. Después recuerdo solo que estaba fuera, apoyada a una columna del pórtico y a la maestra echándome agua en la cara y en el cuello.

Temía que imaginase por qué me había puesto mala y le dije que me había pasado otras veces y que el médico pensaba que me

mareaba por la luz de las velas. En realidad era una mentira que se me había ocurrido justo en ese momento y no sé si la maestra se lo creyó.

De todas maneras, si de verdad pensamos en el Evangelio, también los Cruzados estaban equivocados con los Moros porque, aunque no estén bautizados, son igualmente criaturas de Dios y los cristianos no debían matarlos sino más bien intentar salvarlos para no regalar al diablo sus almas inmortales. Y además, para un verdadero cristiano, ninguna guerra puede ser justa porque en todas las guerras, también en esta que se libra ahora en España, los hombres asesinan o son asesinados; y a menudo ambas cosas a la vez. Por tanto también papá que participó en la otra guerra y muchas veces ha hecho disparar su cañón, es un asesino; y un asesino es también el tío Emanuele, que estuvo él también en la guerra, y el tío Giovanni y también el tío Pietro que se murió en la guerra con aquellos ojos suyos asustados. Es más, casi todos los hombres de cierta edad son asesinos. Y es aterrador pensar que vivimos en medio de ellos.

Es cierto que la guerra no la declararon ellos, pero esto no tiene mayor importancia, porque podían negarse a ir, o ir pero no luchar. Pero he escuchado que si hacían así los llamaban traidores y los fusilaban de manera que, está bien, ellos no se convertían en asesinos pero hacían que se convirtiesen en asesinos aquellos que los fusilaban. Así que era casi lo mismo. En fin, es muy difícil y de verdad no se sabe cómo Jesús que era tan bueno y que entendía todo no pensara en ello. El mundo, en algunos momentos, me parece un camino largo y feísimo, oscuro y lleno de trampas y cubierto por un río de barro asqueroso. La gente debe caminar por encima de él, durante muchos y muchos años, tantos como dura la vida, y solo si consigue llegar al final sin caerse y sin que ninguna salpicadura de barro la ensucie, tiene derecho a entrar a descansar en el Paraíso.

¿Pero por qué Dios ha querido hacer las cosas tan difíciles que parece imposible conseguir recorrer todo el camino de la vida sin ensuciarse? ¿No ha sido cruel también Dios?

Pero aquí lo tienes, una salpicadura de barro ha manchado mi vestido porque he dudado de la sabiduría y de la bondad de Dios. Pero, aunque quiera, no puedo dejar de pensar como pienso. Qué complicado es.

Esta cosa de emborracharse es realmente fea. Cerca de casa hay una taberna y es un continuo vaivén de hombres que a veces, en las noches cálidas, pero también cuando hace frío, se quedan fuera hablando, cantando y jugando a piedra, papel y tijera pero acaban siempre peleándose. Sobre todo los sábados y los domingos es algo horrible. A menudo sacan los cuchillos y se hieren. Entonces hay siempre alguien que toca a nuestro portón para pedir alcohol o vinagre y un barreño para desinfectar la herida sin tener que llamar al médico que estaría obligado a decirselo a la policía que los detendría a todos.

Cuando ellos empiezan a gritar, con sus voces roncadas y fuertes, las mujeres salen corriendo en grupitos, aunque sea de noche, para mirar, las manos cruzadas encima de la barriga, y comentan mientras algunas chillan: - Separadlos! Separadlos! Ayuda! Ayuda! Pero parece que gritan solo para hacerse las importantes, de hecho luego miran alrededor para ver qué piensa la gente de ellas.

Pero si se enteran las madres o mujeres o hermanas de aquellos borrachos que se pelean, entonces ellas corren, todas desgreñadas y con la cabeza descubierta, como estaban en su casa en ese momento, e intentan separar a los que se pelean y quitarles los cuchillos. O por lo menos empujarles hacia el callejón que está más oscuro y donde hay menos peligro de que la policía se dé cuenta.

Me dan mucha pena esas mujeres y pienso que tiene que ser insoportable ver a un hijo o marido o padre que ya no entiende nada, hecho un loco, con la camisa sacada de los pantalones la gorra torcida y esa terrible cara de asesino. A veces, casi al anochecer, veo algunas que miran con ojos preocupados desde la puerta de la taberna buscando a su pariente y luego, si lo encuentran, van a suplicarle que vuelva a casa. Pero ese se enfurece y las echa gritando unas palabrotas desmesuradas.

Luisa me ha contado que su padre dice siempre que si los obreros y los campesinos son pobres es por su culpa porque son unos borrachos y que si un empleado gastara “para sus pequeños place-

res” - hemos pensado mucho para intentar entender qué pueden ser - lo que un obrero gasta en una taberna, también su familia iría mal vestida y hambrienta como la familia de un obrero.

A lo mejor el padre de Luisa esta vez tiene razón, pero no estoy segura; a lo mejor esos hombres se emborrachan porque nadie les ha enseñado que no deben hacerlo y que hay maneras mejores de pasar el tiempo. Además parece en serio que se sientan realmente hombres, si bien hombres locos, solo cuando están borrachos. En esos momentos de hecho gritan, se creen personas importantes e incluso hablan en italiano, algunas veces para parecer aún más importantes. Cantan, juegan a piedra, papel, discuten en voz alta y lanzan el dinero como grandes señores que no lo tienen en cuenta porque tienen cuánto dinero quieren.

Parece que se sientan realmente muy fuertes y poderosos, así que, aunque se peleen y se hieran, dan la impresión de quererse porque se abrazan y se acarician la cabeza, hablándose al oído como enamorados.

A lo mejor es así, que ellos no están contentos de la vida que hacen y se emborrachan porque no saben cómo cambiarla. Pero me dan igualmente miedo porque me parecen unos enormes y feos animales peligrosos, llenos de fuerza pero sin cerebro.

Claro que hubiese sido mejor, si esos hombres, en vez de ir a la taberna, hubiesen aprendido a ir al cine o a pasear con sus mujeres y sus niños o a leer unos bonitos libros. Claro que así sería mucho mejor.

Tanto más cuando las tabernas son lugares tristes y de verdad no se entiende cómo esos hombres puedan desear ir allí. Cuando paso por delante de la puerta al lado de casa miro siempre dentro: es una habitación larga y casi a oscuras, con dos bancos cerca de las paredes y un par de mesitas redondas de hierro. El suelo es de cemento gris cubierto de manchas y escupitajos asquerosos, y colgado en la pared hay un calendario viejo de muchos años y ennegrecido por las moscas y el humo. Al fondo de la habitación hay un tabique de

tablas para esconder los barriles, y por último una barra de zinc como ese del tanatorio en el cementerio. Detrás de la barra está sentada la viuda que es la dueña de la taberna y que, vestida totalmente de negro y con esos ojos malos y tristes, da mucho miedo.

Ahora lo sé realmente todo, como los mayores. Ese día hace muchísimo tiempo, en el que llegó la primera carta de papá, mamá salió y yo no pude entender a dónde había ido, pero ahora lo sé, lo sé realmente todo, porque mamá ahora me dice de verdad todo, todo, todo. Me contó también la historia del vendedor ambulante que es tan bonita y triste, que parece inventada.

Entonces, primero está el hecho de que papá se fue sin pasaporte, es decir a escondidas de la policía y que por tanto no podrá volver a Italia nunca jamás y nosotros lo volveremos a ver solo si conseguimos ir donde está él. Por todo esto, se puede fácilmente entender porque mamá está tan triste; pero ella es también valiente y orgullosa y estaba de acuerdo en que papá se fuera porque no quería que se plegara a las prepotencias y además sabía que si se quedaba aquí sin trabajo como un viejo se moriría de desesperación. Así que por supuesto que estaba de acuerdo, antes que verlo morir de desesperación.

Después el hecho de que el jefe de la policía, que se llama comisario jefe Vinciguerra y es un nombre verdaderamente ridículo para un comisario jefe, no es tan fascista, es uno de esos que es fascista a la fuerza. Por eso aquella vez que detuvo a mamá, papá dijo que lo hizo contra su voluntad y porque el jefe de la federación fascista, que se llama Pelagatti que es un nombre aún más ridículo y se lo merece, se lo ordenó diciendo que así quería dar una lección a toda la provincia y que si él se negaba a detenerla ellos vendrían y nos destrozaban la casa, y los niños, es decir nosotros, se asustarían mucho. Total, el comisario Vinciguerra no es tan malo y de hecho, a mamá, cuando la interrogó en la comisaria, le preguntó amablemente, y en un momento dado se pusieron a hablar en francés y los fascistas presentes querían hacer como si se enteraran sin embargo estaban llenos de rabia porque estaba claro que no entendían nada. Después cuando mamá fue excarcelada, él fue a saludarla y le besó la mano diciendo que había sido todo un placer conocer a una mujer tan elegante. Sin embargo mamá no

podía decir que también para ella había sido un placer conocerlo a él.

Así que en esa ocasión el comisario Vinciguerra mostró cierta amistad y una vez que un jerarca escribió un artículo en contra de papá y hablando mal de mamá, él se enfadó mucho y dijo que un hombre de honor debería avergonzarse de escribir unas cosas tan infames e injustas contra una mujer noble como la señora Gerea. Y esto también por su parte fue muy amable y por eso mamá, cuando estuvo segura de que papá había llegado a Francia y de que ya no había peligro que lo volvieran a coger, fue a ver al comisario Vinciguerra para avisarle de que papá se había ido, para que lo supiese antes que Pelagatti que hubiera hecho que lo castigarán y tal vez que lo echarán. Y esa vez le dijo, en confianza, que ella creía justo que le dieran el pasaporte para ir con papá y vivir felices toda la familia junta.

El comisario Vinciguerra le dio las gracias por la información pero dijo que imaginaba cuánto se enfadarían los fascistas al saber que papá había conseguido escapar y que por eso era imposible, de momento, darle el pasaporte; pero que tal vez más tarde...

Luego pasó un tiempo y vino aquel señor con los ojos muy negros y un maletín como el de los vendedores ambulantes. Quería hablar en secreto con mamá pero al principio fingió enseñarle unas muestras de telas; pero de repente dijo que esa era una excusa para enseñarle una carta que venía del extranjero y que ella debía leer el contenido para repetirlo a ciertas personas a las que solo ella se podía acercar sin que sospecharan; para evitar peligro de cacheos u otras cosas, además, debía quemar la carta. Al principio mamá estaba convencida de que ese era un espía, o un agente provocador, como dice ella, y le contestó que no quería ninguna carta y que de verdad no tenía ninguna intención de ocuparse de esos asuntos. Entonces el falso vendedor ambulante se quejó de un fuerte dolor de cabeza pidió un vaso de agua para tomar una pastilla que tenía en un pequeño tubo. Sin embargo en lugar de beberla la disolvió en el

agua donde luego mojó uno de los pequeños folios blancos que envolvía el juego de muestras y sobre aquel folio que antes era blanco empezó a aparecer, antes un poco descolorida, luego cada vez más clara, la letra de una amigo que está en Francia y que mamá ya conocía bien desde los comienzos del fascismo.

Entonces mamá creyó al falso vendedor ambulante que al contrario era un antifascista muy valiente que había vuelto de Francia a caso hecho para traer esa carta. Esto también es un secreto tan importante que se me debería secar la lengua y deberían caérseme todos los dientes y el pelo y debería volverme ciega y sorda y coja si le dijera una sola palabra de esto a alguien. Mamá contándomelo ha confiado mucho en mí; pero era necesario para que yo entendiera que si papá no escribe no es porque se ha olvidado de nosotros sino porque hace unas cosas muy importantes. Pero esto también es un secreto y no se lo diré a nadie porque lo sabemos tan solo mamá y yo. Desgraciadamente no todos saben guardar un secreto y alguien en Francia contó lo del falso vendedor ambulante que debía ir a Italia y, cuando él llegó, la comisaria ya lo sabía todo. Dejaron que viniera a nuestra casa, para ver lo que pasaba, y unos policías fueron a su hotel para esperar su regreso y mientras tanto buscar cosas peligrosas en su equipaje. Pero no encontraron nada interesante porque no sabían de esas pastillas. Cuando él volvió, lo detuvieron y, para empezar, le confiscaron toda la ropa. También entonces dijo tener un fuerte dolor de cabeza y pidió tomarse unas pastillas antes de ir a la cárcel. Esto lo contó la camarera del hotel que algunas veces viene a casa a planchar y que, para saber tantas cosas, evidentemente escucha detrás de las puertas. Los policías miraron aquel estuche que en efecto era de un medicamento para el dolor de cabeza y le dieron permiso. El antifascista entonces se puso en la boca dos de esas pastillas y ni los policías, ni tampoco la mujer que lo contó, entendieron que después de ello ya nadie sabría lo que había traído de Francia. Es una historia realmente bonita, como en los libros, y no parece verdad que estas cosas pasen también a personas que conocemos.

Después, el comisario mandó llamar a mamá y le preguntó qué era lo que vino a decirle el falso vendedor ambulante. Mamá tenía por dentro un miedo enorme, hasta le temblaban las piernas, pero consiguió mantenerse fuerte y contestó que le había enseñado unas muestras de telas muy bonitas y a buen precio pero que ella podría jurar no haber comprado nada, primero porque no tenía dinero y luego porque ella también temió que, al ser tan bonitas y tan a buen precio, escondiesen una estafa. Quería hacerse la lista y fingir que no se trataba de un asunto de política sino que fuera una historia de ladrones. Pero el comisario se puso a gritar que se dejara de hipocresía porque él sabía perfectamente que no se trataba de telas sino de unas cartas que llegaban de Francia y tal vez de alguna otra cosa aún más peligrosa. Entonces mamá contestó que de esta historia no sabía nada porque ella ya había decidido cuidar de sus hijos y nada más, esperando así que algún día le dieran el pasaporte para reunirse con su marido.

El comisario Vinciguerra la mandó de vuelta a casa pero estaba muy enfadado y le dijo que si no tenía cuidado volvería otra vez a la cárcel y que de pasaporte ni hablar, ya que ella decía mentiras y no confiaba en él. Si por el contrario decidía ayudarlo, le conseguiría seguramente el pasaporte y el dinero para el billete de viaje y para todas las otras cosas bonitas que les gustan a las mujeres elegantes. Mamá entendió en seguida que él le proponía ser una espía y cegada por la indignación contestó, ya sin ningún miedo, que ella no es la clase de mujer que hace esas cosas y que el comisario Vinciguerra se habría tenido que avergonzar por hacerle tal propuesta.

¡Ni besamanos ni nada! Esa tarde se saludaron casi sin mirarse y mamá salió tan afectada que a la vuelta se tuvo que ir a la cama con mucha fiebre. Pero lo peor es que desde entonces ya no nos llegan cartas de papá. Por eso todas las tardes mamá nos obliga a decir oraciones cada vez más largas y especiales, para los santos más raros tal vez porque como a estos les rezan menos personas ellos tienen más tiempo para atender sus peticiones. Además el domingo

pasado también hicimos la comunión. Francesco llevaba su traje de siempre, sin ni siquiera el lazo blanco alrededor del brazo porque le parecía una tontería de la que se avergonzaría; yo en cambio llevaba un vestido blanco de organdí con unas rositas y volantes de raso que me prestó Luisa. Luisa fue muy amable pero yo también habría preferido ir con mi vestido de siempre, como Francesco, porque no me gusta la ropa prestada y acepté solo porque no quería ofender a Luisa.

Pero esa primera vez mamá no me lo contó realmente todo, de hecho unos días después, me dijo lo demás o sea que papá no se había ido solo porque quería trabajar y que si seguía aquí sin hacer nada se moriría de desesperación, sino también porque quería luchar por la libertad de España, como Garibaldi que cuando no pudo luchar por la libertad italiana se fue a luchar por la libertad de América, y como Santorre di Santa Rosa que estudiamos justo el otro día y que murió luchando por la libertad de Grecia.

Pero papá no ha muerto y no se va a morir, yo no me lo creo, no me lo creo, y no me lo creo. Pero la otra tarde, cuando tenía fiebre por la malaria, tuve un sueño horrible. Soñé una llanura muy grande, gris y fría, sin árboles, pero con algunas rocas redondas y pequeñas que al mirarlas daba mucha tristeza. Solo después mirando mejor en aquella oscuridad, me di cuenta de que había unas casitas pequeñísimas y muy feas donde un hombre cabría solo tumbado, y en una de ellas sabía que estaba papá pero no podía verlo, tal vez porque no hacía sol sino mucha niebla que llegaba de unos pantanos grises y helados. Entonces le mandaba una carta y él me contestaba con otra carta escrita de una forma tan rara que no podía leerla de ninguna manera y me dolían los ojos por el esfuerzo. Luego, en un momento dado, había un gran incendio, y en medio de las llamas rojas y terribles había muchos hombres que luchaban y papá también se encontraba allí con ellos. Entonces me puse a gritar porque quería que se salvase, y las llamas me llegaban a la cabeza y me quemaban el pelo. Pero mientras gritaba me desperté

y me di cuenta de que estaba soñando. Mamá, que estaba sentada al lado de la cama sintiéndome gritar se asustó mucho y yo que a lo mejor aún estaba medio dormida o que no razonaba bien por la fiebre, creyendo reconfortarla le dije que debía tranquilizarse porque de todas maneras había un hombre que le daba la mano a papá y lo podía salvar del incendio. Mamá me preguntó que de qué incendio hablaba y me di cuenta de que estaba aun más asustada, así que le contesté que no lo sabía y que era solo un sueño y que sentía haberla asustado. Y para despertarme del todo le pedí un vaso de agua.

Eso era un sueño pero de todas formas ahora sé con certeza que papá no está en París para trabajar sino en España para luchar y que manda sus cartas a París y desde allí nos las reenvían con sellos franceses porque la policía no debe saber nada.

Mientras tanto las cartas, de momento, ya no llegan y nosotros estamos cada vez más desesperados.

Hay una amiga de mamá, se llama Leonora Denti, que no está casada aunque ya no es tan joven y vive en Roma porque aquí se aburre mucho y vuelve solo cuando tiene que cobrar los alquileres de su propiedad. Pero cuando se encuentra en el pueblo no se olvida nunca de hacernos una visita, entonces mamá prepara una tarta, especialmente para ella, y compra un paquetillo de té, porque Leonora Denti en Roma se ha acostumbrado a tomar té, y no quiere nunca café. Yo tengo permiso para entrar a saludarla y como me gusta mucho su forma de hablar me quedo hasta que mamá con una excusa me dice que salga.

A veces lee algunas poesías, pero muy breves y simples y sin rima que ha escrito ella misma, y cuenta muchas cosas de Roma y de sus amigos de allí, y de las cosas que ve y que hace y que escucha. Ayer nos describió, tan bien que parecía verlo, un ballet titulado *El cascanueces* que vio en teatro poco antes de venir y que debe ser realmente maravilloso. A ese propósito dijo que para ser bailarinas se debe ir a una escuela desde muy pequeñas, y entonces yo pensé que si empezara a entrenar gimnasia y saltos a lo mejor me daría tiempo a comenzar la escuela de baile cuando vayamos a París. Porque seguramente allí también habrá una y me gustaría de verdad muchísimo ser una bailarina buena como aquellas descritas por Leonora Denti. De esto he hablado también con Luisa y hemos decidido que cada día podemos hacer juntas unas horas de gimnasia, así aprenderemos mejor, una corrigiendo a la otra. Mientras tanto hemos empezado a entrenarnos a ir de puntillas.

Leonora Denti, entre otras cosas, dijo que en la pensión donde ella vive, en Roma, hay otros señores, médicos, abogados y un ingeniero, que cuentan muchos chistes antifascistas. Ella le contó también unos a mamá que, cuando está su amiga se distrae y está menos triste, rió mucho, sobre todo por uno que hablaba de una tal caja y de un tal Pandora que a lo mejor era el dueño de la caja, pero yo no entendí bien y me dio vergüenza pedir que me lo explicaran.

Estuve en casa de Luisa para hacer los deberes. Mientras estudiábamos, en el comedor, entró su padre y pasando la acarició, luego me miró y poco después, de repente, como si solo en ese momento se hubiera dado cuenta de que yo estaba allí, con la intención de mostrarse alegre y que, no sé porque, hizo que me pusiera triste, dijo: - Oh, la pequeña Geremia... ¿qué tal? - luego, sin esperar una respuesta, se fue hacia la ventana y miró por un largo rato la calle dándonos la espalda. Luego se tumbó en un sillón delante de la estufa y se puso a leer el periódico.

Nosotras seguimos estudiando pero mientras tanto pensaba que a lo mejor Luisa había exagerado. Su padre en efecto no es tan guapo pero parece amable y no ridículo y cuando, pasando, la acarició, demostró que la quería. Pero así, de un pensamiento a otro, mientras leíamos, comencé a imaginar lo bonito que será cuando tengamos el pasaporte y podamos ir con papá a Francia o a cualquier otro lugar fuera de Italia. Tendremos una casita bonita de dos plantas, con muchas flores en las ventanas y un pequeño jardín con césped y unos árboles y parterres. También habrá un columpio y unos sillones de mimbre con una mesita donde los grandes tomarán té. Papá se irá a trabajar y cada tarde nosotros esperaremos alegres su regreso.

En el barrio hará mucho sol y todas las casas tendrán un jardín. Las calles serán anchas y asfaltadas y los chicos irán allí en bici o con patines de ruedas. Habrá también un campo de tenis con arena roja donde unos jóvenes vestidos de blanco y unas señoritas con camisetas de rayas y faldas plisadas jugarán y sonriendo beberán unas bebidas de colores.

Los chicos de los que nos haremos amigos serán rubios, alegres y educados y llevarán bonitos vestidos de marinero. Nosotros también tendremos vestidos de marinero y los zapatos blancos y las medias sin demasiados remiendos.

Cuando tengamos el pasaporte y nos reunamos con papá, podremos comprarnos muchas medias nuevas y tendremos también otras

muchas cosas bonitas. A lo mejor podremos también comprar un piano y yo aprenderé a tocarlo; me gustaría de verdad poder tocar el piano. Se pasan los dedos sobre las teclas y sale la música con aquellos bonitos sonidos relucientes como gotas de lluvia. También para las manos debe ser un gozo pasar por encima de las teclas que son tan blancas y lisas.

Para tocar el piano tendré un vestido azul de organdí, con un lazo de terciopelo como cinturón, unos zapatos barnizados con un botoncito a un lado y unas medias blancas un poco largas.

A lo mejor podremos comprar también unas bicicletas y entonces iremos muy alegres por aquellas calles anchas, pedaleando y tal vez cantando. Para ir en bicicleta me gustaría llevar un vestido de lana con dibujos escoceses y el pelo suelto movido por el viento. Me parecen tan feas y serias mis trenzas. Las niñas alegres, aquellas que tienen una camarera y que meriendan, llevan el pelo corto y alborotado. Yo sin embargo voy peinada como las últimas de la clase que pertenecen a las familias más tristes. Me gustaría por lo menos llevar un flequillo en la frente, o por lo menos dos lacitos de colores en las sienes; pero me da vergüenza hablar con mamá de estas tonterías.

Cuando tengamos el pasaporte todo será distinto y mamá será alegre y viviremos en una ciudad hermosa, con mucho sol y mucha gente simpática, y unas fuentes y unos monumentos como los que he visto solo en las postales y en el cine.

Me gusta mucho ir al cine y estoy muy contenta cuando la tía Lucietta no consigue ponerse de acuerdo con sus amigas y, para no ir sola, prefiere que la acompañe yo. Cuando la película es triste me gusta más pero me tengo que esforzar para no llorar, porque si no, después, cuando de repente vuelven a encender las luces, me da demasiada vergüenza que me vean con los ojos llorosos. Y es realmente raro, pensándolo, que una cosa que me hace llorar me guste más que una cosa que me hace reír.

Un día se me había olvidado en casa el pañuelo y las lágrimas

caían por las mejillas y me hinchaban la nariz. Intentaba aguantar sin hacer ruido pero la tía Lucietta debió darse cuenta porque, sin decirme nada, me puso su pañuelo en mi regazo. En cambio la última vez, durante un noticiario *Luce*⁵, no me dieron ganas ni de reír ni de llorar sino un gran frío en los hombros y empecé a temblar como cuando está a punto de darme la fiebre de la malaria. Se veía un campamento de Rojos prisioneros de los fascistas. Era una especie de campaña repleta de chabolas, casi como las de los pastores, y delante de cada una había unos hombres vestidos con harapos y con las barbas largas. De algunos enseñaron también los zapatos abiertos. Estaban sentados alrededor de algunos pequeños fuegos de donde colgaban unas cacerolitas o unos tarros negros.

Yo pensé en seguida en papá, obviamente, que no nos escribe y no se sabe qué le ha pasado, y me puse tan triste que no podía ni llorar. Pero a la tía Lucietta no le dije nada y ella no me dijo nada a mí, porque, aunque haya pasado mucho tiempo, aún cree que yo no sé que papá no está en Francia sino que en España luchando contra los fascistas.

5 El Instituto Luce fue creado bajo el fascismo para la difusión de material cinematográfico con finalidades educativas. En cambio, se convierte muy pronto en el más poderoso instrumento de propaganda del régimen.

Este año Leonora Denti viene bastante más a menudo y se queda por mucho tiempo, contando siempre historias sobre Roma y sus conocidos de allí. Yo no me cansaría nunca de escucharla porque cuenta realmente bien, sin mover nunca sus manos pequeñas, con unas venas azules sutiles debajo la piel blanca y unas muñecas delicadas como las de una niña, y las deja abandonadas inmóviles encima de los brazos del sillón como si hubiera olvidado tenerlas.

Mamá también está tan contenta de escuchar lo que cuenta que parece casi haberse olvidado de papá y de la guerra y del dinero y del pasaporte y del sargento De Gennaro y de todo lo demás. A veces incluso se ríe y lo hace tan bien, con la cabeza totalmente echada hacia atrás y la garganta descubierta en la que se ve latir el corazón, que yo me quedo sorprendida mirándola porque me parece una persona muy joven y desconocida.

Ayer Leonora Denti nos contó de una vez que había una gran concentración fascista en la plaza Venecia y ella por poco no acaba detenida porque tenía que pasar por allí y por supuesto no llevaba el uniforme; y fue muy interesante escuchar todo lo que tuvo que hacer para escaparse.

Leonora Denti dice que en Italia los antifascistas son muchos pero que hay que tener cuidado con quien se habla porque hay también, mezclados por todas partes, muchísimos espías y una pequeña imprudencia puede enviarte a la cárcel para toda la vida.

Los espías parecen estar en todas partes, en las cafeterías, en las casas, en los tranvías, en los internados, en los cines, en los parques públicos, en los teatros y hasta en las bibliotecas para ver qué libros eliges. Leonora Denti no los describió y yo a los espías me los imagino un poco como los microbios, pero obviamente sé que son hombres y entonces me los imagino como unos hombres jóvenes y todos iguales, y todos con las manos en los bolsillos y los sombreros clavados hasta los ojos, que cruzan las plazas yendo y viniendo por las calles y suben y bajan las escaleras y entran y salen

de las cafeterías y de los cines fingiendo no interesarse por nada y sin embargo ven y escuchan todo.

A decir la verdad, de hecho, los espías me los imagino todos con la cara de Lino Rossi, el pintor amigo de Leonora Denti que ha venido de Roma con ella y que no la deja nunca sola. Se queda sentado en el fondo de un sillón sin hablar y a veces parece incluso que no escuche lo que dicen los demás. Y nunca se sabe lo que piensa y si la gente le cae bien o mal.

Lino Rossi hace unos cuadros con triángulos y círculos coloridos que no representan nada, pero también diseña los vestidos y los sombreros de Leonora Denti, para que ninguna otra mujer tenga otros iguales. El otro día, de repente y justo cuando no tenía nada que ver con lo que estaban diciendo los demás, murmuró debajo de su gran bigote rubio: - Entre otras cosas es una cuestión de buen gusto; sus uniformes son tan bastos y ridículos! A este paso, si no se tiene cuidado, las mujeres italianas vestirán todas como unas campesinas - . Y después volvió a caer en su habitual silencio, como si estuviera distraído, mirando siempre fijamente a Leonora Denti, pero como si no la viera. Ella lo miró un momento con los ojos verdes abiertos de par en par y sin ningún pensamiento, luego volvió a hablar como si no hubiera pasado nada.

Leonora Denti contó también de un amigo suyo judío que es escultor y que se tuvo que ir a América porque ahora en Italia a los judíos no los quieren y en todos los periódicos de humor los dibujan como unos hombres casi viejos, encorvados, tristes y negros, con unos grandes pies torcidos y unas grandes narices y labios pronunciados. Desde entonces yo empecé a pensar que Geremia es un apellido que aparece en la Biblia y que a lo mejor nosotros también somos judíos y que entonces por lo menos para echarnos de Italia se decidirán a darnos el pasaporte y así podremos reunirnos con papá y vivir felices en una ciudad grande y bella y con muchas cosas interesantes como Roma. Tal vez nosotros los Geremia nos parecemos a los judíos porque somos morenos y nosotros también

tenemos la nariz grande, y luego porque yo siento simpatía por los judíos y esto tal vez quiere decir algo. Pero a lo mejor se puede descubrir si uno es judío con un análisis de sangre y en ese caso yo no tendría miedo a que me sacaran toda la sangre que quisieran, con tal de demostrar que soy judía y que entonces ya no puedo vivir en Italia. De hecho no sé cómo mamá aún no haya pensado decírselo rápido al comisario que, como quizás somos judíos, nos tienen que dar el pasaporte ahora mismo. Así al menos sabremos qué le ha pasado a papá.

Cayó un buen chaparrón, ayer. En el patio el agua formó unos charcos que, mirándolos un buen rato, parecían unos lagos; y desde el tubo del canalón delante de la puerta de la cocina caía una enorme cascada que hervía dentro de un cubo que se llenaba poco después y desbordaba por todas partes.

Yo estaba arrodillada detrás de los cristales de la ventana de la cocina y miraba observando las gotas que caían encima de aquellos lagos y parecían hombres danzando con unos paraguas abiertos: al caer al principio se quedaban un poco inmóviles, todas hinchadas y como sorprendidas, mirándose alrededor para saber en qué mundo se encontraban, después daban tres o cuatro piruetas y se deslizaban sobre un suelo brillantísimo. En un determinado momento, y nunca me daba cuenta cuando, desaparecían pero siempre había unas nuevas. Sin embargo, por cada gota - hombrecito que desaparecía, yo me sentía triste - no exactamente triste pero algo que se parecía a la tristeza y era casi peor y más grande y me llenaba por completo - y pensaba: “Ya está, ahora se acabó *para siempre*, nadie nunca *más*, nadie de verdad en el mundo, ni siquiera la persona más poderosa, quizás ni siquiera Dios, podría repetir aquel instante y volver a ver aquella gota que yo sola he visto y que *ya* no existe, y tampoco yo misma que la he visto, si quisiera describir como era y todos los movimientos que hizo antes de desaparecer, conseguiría hacerlo sino de una manera que no se le parecería en absoluto. Quizás ahora, justo después, pero dentro de poco todas me parecerán iguales y será como si todas fueran solo una”. Y me parecía de verdad entender qué quiere decir *nunca más* y *siempre*, y esto, junto con el hecho de que las cosas, una vez terminadas, se vuelven todas iguales y también en el recuerdo se confunden una con la otra y es como si no hubieran existido nunca, me parecía raro, maravilloso y triste.

Esto es precisamente lo que sentía: raro, maravilloso y triste.

Y como para las gotas de lluvia también será para todas las otras cosas que existen en el mundo, por ejemplo para los guijarros que cubren el patio: ellos duran más que las gotas pero como yo los

veía *en aquel momento*, nunca más nadie, tampoco yo, los volvería a ver.

Así que el aguacero terminó y yo seguía pensando en estas cosas y no sé porque pero de repente me vino a la mente papá: al principio, después de que se fuera no necesitaba ni siquiera pensarlo porque me acordaba de él sin pensar a propósito; era como si él o una parte de él, aún estuviese en casa. Pero no había reflexionado antes sobre ello así que no estoy segura si es realmente así, pero me parece que, excepto porque ya no estaba entre nosotros, era como si no se hubiera ido porque estábamos tan tristes que él estaba mezclado con todas las cosas que hacíamos o pensábamos. Ahora estamos menos tristes, es decir que sí estamos tristes como antes pero alguna vez nos olvidamos que estamos tristes, pero ahora papá ya no está con nosotros de verdad. Incluso a veces es como si no hubiese existido nunca, como las gotitas de agua, salvo que de él nos acordamos y sabemos cómo era y qué decía y cómo se vestía y también el olor que dejaba su cabeza en la almohada, y sabemos que él aún es así y que existe de verdad, en algún lugar del mundo. Pero, en realidad, también recordamos aún las gotitas de agua, aunque las confundamos las unas con las otras, y ellas tampoco han dejado de existir a pesar de que estén mezcladas con millones de otras y rueden sucias e irreconocibles en las alcantarillas.

Pero bueno, papá no es una gotita de agua y de verdad no sé porque se me ocurren todos estos pensamientos tan tontos.

Menos mal que ahora estamos más alegres porque sabemos que papá está vivo y nos llegan muchísimas cartas, todas las que no llegaban antes llegan ahora, llegan incluso dos o tres al día, algunas de hace muchos meses, otras recientes, y todas mezcladas. Mamá dice que a menudo los sobres están equivocados y que un sobre de diciembre contiene una carta de febrero y viceversa. Y esto pasa porque al comisario Vinciguerra se le había metido en la cabeza, después de la historia del falso vendedor ambulante, que nosotros recibíamos también noticias fuera del correo ordinario y había empezado a quedarse un su cajón todas las cartas de papá, para ver qué hacíamos nosotros. Que él se las leyese antes de entregárnoslas lo sabíamos, porque esto pasaba siempre, también cuando papá estaba aquí toda nuestra correspondencia, antes de llegar a nosotros, pasaba por su despacho. Incluso fue tan tonto y descarado que una vez dijo a una persona que después nos lo contó, que mamá y papá se escribían una cartas muy bonitas y que se veía que los hijos también, que seríamos nosotros, crecíamos inteligentes y bien educados.

Pero mientras tanto fue tan malo como para dejarnos por mucho tiempo sin noticias de papá, y justo cuando la gente decía que estaba muerto. Parecía bastante bueno el comisario Vinciguerra, sin embargo él también es un hombre cruel.

Entonces mamá, cuando estaba verdaderamente desesperada, pensó que había que hacer algo y, si bien con mucho miedo, fue a ver el comisario Vinciguerra para decirle que necesitaba urgentemente el pasaporte porque ya no aguantaba más no tener noticias de papá y quería ir a París para ver si tal vez le había pasado alguna desgracia o si se había olvidado de nosotros. Al comisario Vinciguerra le bajaron entonces dos grandes lagrimones que mamá fingió no ver pero él se avergonzó lo mismo y empezó a gritar tanto que mamá temblaba entera por miedo, que a papá no le había pasado nada malo y que seguramente nosotros teníamos noticias, aunque no por medio del correo ordinario.

Mamá, que es muy inteligente, en seguida lo entendió todo y por dentro estaba muy contenta y no veía la hora de volver a casa para contárnoslo, pero fingió ofenderse y dijo en voz alta: - Usted, señor comisario, debe recordar que la señora Geremia no es la clase de mujer que viene aquí a montar un teatro! - y se levantó diciendo que ya desde hace demasiado tiempo no sabía nada de papá y que por eso no era humano no darle el pasaporte para ir a ver qué había pasado.

Ese mismo día empezaron a llegar las cartas porque por fin el comisario Vinciguerra se había convencido de que, después del vendedor ambulante, nadie más vino con noticias de Francia, y nosotros estamos muy contentos, aunque las noticias de la radio no sean tan buenas porque, al contrario, en España las cosas van bastante mal.

Cuando mamá las escucha se pone sombría y si viene algún amigo miran el mapa y dicen unos nombres que son muy bonitos pero que suenan también tristes: Málaga, San Sebastián, Teruel, Albacete, Valencia. En uno de estos lugares está papá. Pero él, en sus cartas, finge siempre estar en Francia.

Desde hace muchos días en casa no teníamos ni un duro, por eso mamá mandó a Francesco al banco para vender dos monedas de oro. El empleado sospechó que Francesco las hubiera robado y llamó para asegurarse. Mamá quedó humillada y triste por ello, aunque no le podía echar la culpa al empleado. Ella no sale nunca y de todas formas se avergonzaría demasiado al ir al banco para vender oro.

En cuanto volvió a casa, Francesco dejó el dinero en la mesa y, sin decir nada, cogió su revista y se sentó a leer en una esquina. No nos dijo que el empleado sospechó de él y a lo mejor piensa que nosotros no lo sabemos. Desde hace un tiempo se da aire de persona mayor, no juega más con los chicos del barrio pero habla siempre de sus compañeros del instituto que son casi todos hijos de empleados de la península con los que se junta en los parques públicos. Aquellos a los que nombra más a menudo son “los hermanos Lorenzoni” que, antes de verlos, los imaginaba enormes, iguales, y con las orejas como soplillos, y Gian Luigi Massacciucoli que es rubio, flaco y con muchos puntitos marrones dorados en la nariz. También se ha hecho amigo de Ettore Rossi que es hijo del cónsul de la milicia y que en el instituto lo han apodado “El gato con botas” porque incluso cuando hace buen día y para ir al instituto y a jugar lleva unas botas negras de jinete. Con Ettore Rossi, antes se pelearon, y parece ser que fue justo Francesco quien empezó, después, cuando ambos estaban cubiertos de arañazos y moratones y habían perdido casi todo los botones que llevaban encima, se estrecharon la mano y se hicieron amigos. Ahora Francesco dice que Ettore Rossi, aunque sea hijo del cónsul, es un buen chico y que además tiene un gran sentido del honor porque le hubiera bastado con darle una patada con sus botas para dejarlo fuera de combate y que sin embargo tuvo siempre cuidado de no hacerlo. Y dice que no tiene malicia ninguna y que por eso, sin pensarlo, cuenta todas las cosas de su casa y habla a menudo de los regalos que recibe su padre de uno y de otro a cambio de los favores que solo él puede hacer.

De todas formas, aunque sean amigos, Francesco no quiere que Ettore Rossi venga a casa y siempre se tiene que inventar historias para impedirselo. Con esta excusa también va siempre a los parques públicos, y allí juegan con unas niñas a un juego que se llama “damas y caballeros” y en un determinado momento se deben besar.

Es más, me han dicho que Francesco tiene novia.

He empezado a ir a clase para prepararme al examen de admisión: somos cinco y todas hijas de antifascistas, excepto Luisa que se ha querido venir con la misma maestra a la que voy yo y que es una señora antifascista que no puede enseñar en los colegios públicos porque, también ella como papá, no ha querido aceptar el carnet. No podrá ni firmarnos los programas, de hecho, por despecho, suspenden a todos los alumnos, también a los que son muy buenos.

De todas maneras Luisa no puede esforzarse mucho estudiando y viene casi solo para pasar el tiempo y para aprender un poco, porque está enferma. Desde algunos meses, después de aquella gran fiebre, ha empezado a ponerse cada vez más delgada y no se sabe lo que tiene, pero ella siempre dice que debe estar muriéndose porque cada día que pasa se encuentra más débil y a menudo se siente caer girando alrededor de sí misma, “por un precipicio altísimo hasta el vacío de las estrellas”. Ella dijo justo así.

Desde Semana Santa, después de todas aquellas cartas que llegaron juntas, otra vez no recibimos noticias de papá. Mamá está preocupadísima porque la radio, también la prohibida, hace entender que las cosas en España van muy mal, y por eso teme que ahora no sea culpa del comisario si la correspondencia no llega. De hecho volvió a verle para pedirle de nuevo el pasaporte. Pero él contestó que hay que esperar el visto bueno de Roma, porque se trata de política y es una cosa grave sobre la que él no puede decidir solo.

Gian Luigi Massacciucoli ahora viene a casa casi todos los días pero yo no juego y no hablo nunca con él porque me da vergüenza. La primera vez no sabía que tenía que venir y me lo encontré por casualidad en el patio y cuando él me dirigió la palabra me puse roja y tartamudeaba como una boba. Entonces ahora tengo cuidado y, en cuanto lo escucho llegar, me escondo en el desván donde con un par de cajas y un taburete, me he fabricado un estupendo despacho con su escritorio y estante. A lo mejor a Gian Luigi Massacciucoli le gustaría verlo y también le gustaría leer mis libros. Quién sabe si él también juega a “damas y caballeros”.

Luisa tenía razón, su enfermedad es muy grave pero no contagiosa y por eso no es necesario que vaya al hospital. Se trata del corazón que, después de aquella fiebre, se le ha vuelto demasiado grande y, como sigue creciendo y no hay nada que hacer para pararlo, Luisa se muere.

Ella lo sabe bien, de hecho ha sido ella misma quien me lo dijo. El médico que la vio, creyendo que no se enteraba, lo dijo delante de ella; luego su mamá lloró mucho y su papá y toda su familia; pero en cuanto ella entraba fingían reír, como si no pasara nada, y ahora la contentan en todo y está incluso molesta porque tienen demasiados detalles con ella.

Cuando me lo contó y me volvió a repetir que ahora es seguro que se morirá muy pronto, yo no le supe decir nada. De hecho no encuentro ya nada que decirle. Después de haberme enterado de esto no consigo tener confianza con ella y hablar de muchas cosas, como hacíamos antes. Ahora pienso siempre en que se va a morir y me parece algo tan raro que no puedo pensar en otra cosa.

Anoche escuché a mamá llorando en la cama. Estaba inmóvil porque me hubiera dado vergüenza si se hubiera dado cuenta de que la escuchaba, y pensaba que tal vez Gian Luigi Massacciucoli estas cosas las entendería y que tal vez podría hablar de esto, y del miedo que tengo por la noche, y de Luisa que se va a morir, y de cuando iba con papá a recoger setas o a excavar cosas antiguas, y de aquellos que en España luchan por la libertad, y de la sociedad secreta que quisiera crear, y de los libros que leo y de las cosas que pensaba cuando era pequeña. A lo mejor él ya ha fundado una sociedad secreta y él también quiere hacer una revolución. Y a lo mejor me aceptaría junto a sus amigos y me encargaría tareas muy importantes.

Podríamos hablar de todas estas cosas y pasear por un gran jardín salvaje con muchos arbustos de filadelfo y de lilas que bajan por todas partes y perfuman el aire. Él no me mira nunca y yo no le miro, pero nos damos la mano y nuestros pasos son iguales.

Al día siguiente mamá tenía la cara de siempre y no parecía posible que hubiese llorado, a lo mejor lo había soñado, como todo lo demás.

La guerra en España va muy mal y otra vez la gente dice que papá está muerto. Uno que volvió de allí, pero que luchaba con los fascistas, parece que contó haber reconocido a papá, una vez en medio de una batalla, que tenía los grados de capitán y que mandaba a unos soldados que disparaban con las metralletas y que, al final del combate, casi a todos aquellos que luchaban a su lado los habían encontrado muertos o heridos. Pero ese hombre no podía decir con certeza si papá estaba entre los que habían podido salvarse.

Las compañeras del examen de admisión dicen que si suspenden no tendrán nunca jamás el valor de mirar a la cara a sus padres y que se irán de casa o se tirarán a un pozo; pero yo sé que no lo harán y me aburro mucho y casi me da vergüenza escucharlas. Luisa sin embargo se ríe de ellas y dice que no entienden nada; ella sabe que se va a morir pronto y me ha confesado que quiere divertirse todo lo que pueda, sobre todo porque en su casa se ha convertido en la persona más importante y hacen todo lo posible para complacerla: hasta le han comprado muchísimos libros nuevos y un piano aunque no lo sepa tocar, y su mamá hasta le pregunta cada día qué quiere comer. También le dan mucho dinero y ella se va al cine casi todos los días y se paga a menudo un carruaje y cruza la ciudad por las calles donde más gente hay, con una sonrisa un poco mala, como si menospreciara a todos.

Cuando la veo, muy pequeña y con el rostro casi azul en medio de los cojines del carruaje, con esos dos grandes caballos que transportándola parecen volverse aún más grandes, y con esa sonrisita de desafío, me da tanta pena que quisiera esconderme. Y comparado con esto es nada el deseo que tendría de hablar con ella otra vez como hablábamos antes; aun más cuando ahora he inventado una especie de juego y todas las cosas que no le puedo decir a los otros, me imagino decírselas a Gian Luigi Massacciucoli porque me parece que él lo entienda todo; incluso las cosas que no consigo expresar con palabras claras. Sin embargo no consigo olvidar a Luisa ni cuando imagino hablar con Gian Luigi Massacciucoli porque parece que lo que tiene además del corazón, también haya hecho crecer en ella una especie de odio y desprecio hacia todo el mundo. Como si, por el hecho de estar enferma, se sintiera superior a todos y esto la hace aún más infeliz y mala.

Al final no podía más y el miedo al examen se hacía cada vez más grande e insoportable; ahora que se ha acabado y que he aprobado no me parece verdad que pudiera temerlo tanto y que por el contrario fuese una bobada.

El día antes de empezar el miedo era tan fuerte que deseaba de verdad morirme y envidiaba a Luisa que, estando tan enferma, solo hace lo que quiere y no tiene que hacer ningún examen. Me parecía no recordar nada y era como si creyera que los profesores debían necesariamente hacerme sufrir y se reirían de mí y de mi desesperación y además me harían unas preguntas rarísimas sobre cosas que no había escuchado nombrar nunca. Hasta lo soñaba: casi todas las noches, y los profesores llevaban el uniforme fascista y eran tan altos que con sus gorros negros tocaban el cielo. Y se inclinaban hacia mí y decían unas cosas que no podía entender y entonces empezaban a reírse, partiéndose de risa, doblándose por todas partes como grandes árboles negros en una tarde de viento. Y sus carcajadas eran tan fuertes que me hacían temblar hasta que me despertaba, empapada de sudor.

Los profesores reales, sin embargo, no eran tan malos, eran como los maestros y como toda la gente del mundo - papá también, de hecho, era profesor; pero esto se me había olvidado cuando me estaba preparando para el examen - y me hacían preguntas tan fáciles que, si no contestaba rápido era solo porque me parecía imposible que fuese lo que había entendido y esperaba que siguiesen con otras preguntas más complicadas; por eso, cuando me dijeron que se había acabado y que me podía ir a casa, no me lo podía creer y me sentía muy débil y vacía.

Así que el examen de admisión me pareció más miedo que otra cosa.

Pero ahora se ha acabado de verdad y, como dice mamá, no debo pensar más en ello y solo tengo que jugar y ponerme fuerte para no entrar al instituto flaca como un bacilo de Kock.

Me gusta el verano en el pueblo y me gusta también el zumbido de las moscas y el calor fuerte del mediodía y la luz de la tarde cuando las mujeres se sientan para hablar en la puerta de casa; y luego por la noche las voces de los chicos que cantan en la plaza de la iglesia.

Cuando mamá y la abuela echan la siesta yo ando descalza por la casa que - tan a oscuras para que no entren las moscas y el calor, y solo algún rayo de sol polvoriento que se filtra por las ranuras - me parece distinta y misteriosa y puedo imaginar estar en África o en otro país cálido y desconocido. Después cuando ellas se levantan y nos sentamos en el patio a comer fruta, es como si por dentro otra yo comenzara un segundo día.

A menudo a esa hora llega también el sargento De Gennaro que se pone a leer el periódico y a comer fruta como si estuviera en su casa.

Muchas veces ponemos la mesa para cenar en el patio debajo de la pérgola y entonces llegan muchas mariposas que saltan y giran alrededor de la lámpara, como enloquecidas. Yo a menudo, después de cenar, me tumbo en uno de los bancos de piedra y escucho a los grillos cantando y miro las estrellas que son muchas y están tan lejos que su luz envejece mucho antes de llegar hasta aquí; es más, alguna estrella se ha muerto antes de que su luz nos llegue y entonces es como si nosotros viéramos un fantasma de estrella. Y esto es una cosa verdaderamente rara, pero aún más raro y lleno de misterio me parece el hecho de que nosotros, que en comparación somos muy pequeños, no solo las podemos ver sino que también conocemos sus nombres y de muchas sabemos también a qué distancia están y de qué material están hechas. Yo en verdad no lo sé, pero sé que los científicos lo han estudiado y hay muchos libros que lo dicen, y papá sabía también muchas cosas sobre las estrellas. Y entonces empiezo a pensar que las hormigas también saben muchas cosas sobre los hombres, y que ellas también, en sus guaridas profundas, tienen unos estantes cargados de libros que hablan de nosotros y

que nosotros sin embrago, sin darle importancia, somos capaces de aplastar a cientos de una vez. He visto a menudo a hormigas transportando el cuerpo de una compañera muerta, y muchas más las seguían, en fila por esas calles retorcidas que se han construido entre los guijarros y la hierba seca del patio; y si alguna iba en la dirección contraria se echaba a un lado y las dejaba pasar. Y era exactamente como el funeral que se hace a los hombres.

Sé que nos quiere, Tonina, y que ya más que una criada es una persona de la familia y que, muchas veces, al final del mes cuando mamá no puede pagarle, hace como si nada y no pregunta por su sueldo, al revés, si se da cuenta de que mamá tiene unos gastos urgentes y no tiene dinero, le ofrece sus ahorros y por delicadeza no le dice que se lo quiere prestar sino que al contrario le pide “el favor de quedárselo hasta que no le haga falta o tenga tiempo para ir al correo e ingresarlo en la cartilla”. Todo esto es verdad y es muy amable y generoso por su parte y hay que agradecersele, y también es verdad que, aunque no haya ido nunca a la escuela porque era demasiado pobre y ya con doce años servía, ella también es antifascista y cuando la interrogaron sobre lo qué pasa en casa y sobre quién viene y si escuchamos la radio prohibida, ella siempre contestó que no sabe nada y que ella es una pobre ignorante que no sabe ni donde tiene la cabeza. Todo esto es verdad y tengo que recordarlo, pero esto no quita que a veces me parece odiarla cuando, de todas las cosas que pasan en casa y que no se consigue saber quién las ha hecho, le echa la culpa “a los niños”. Si por lo menos dijera: “creo que ha sido Marina”, “creo que ha sido Francesco”, o “creo que ha sido Carla”... sin embargo dice: “seguro que han sido los niños”, primero como si de verdad pudiera estar segura, segundo como si “los niños” fuéramos los tres una cosa sola y de lo que hace uno fuera responsable el otro también. Esto de verdad me da tanta rabia que me dan ganas de gritar y de pegarle.

Los primeros días de vacaciones me parecía raro y magnifico poder estar en la cama hasta que me diera la gana, y el día me parecía tan largo que no sabía cómo llenarlo. Por eso volvía a mirar los libros y a devolverlos a su sitio y a releer aquellos que me habían gustado más; pero las horas seguían siendo muchas.

Cuando papá estaba aquí, en cambio, justo después del cierre de la escuela nos íbamos hacia la playa porque es peligroso quedarse en el pueblo en verano con todas las epidemias que explotan, y allí siempre había muchas cosas que hacer: levantarse temprano para que entre el desayuno y el baño pasara bastante tiempo, después ponernos el bañador y prepararlo todo para bajar a la playa. Una vez allí no veíamos la hora de que llegaran las once para poder entrar en el agua y agobiábamos a mamá, que se quedaba debajo de la sombrilla porque no soportaba el sol, preguntándole cada pocos minutos por la hora. Los días en los que él también podía quedarse en la playa, papá nos enseñaba a nadar correctamente y Francesco realizaba con celo todos los movimientos que él nos indicaba; a mí sin embargo me daba vergüenza quedarme tumbada en la arena fingiendo que fuera agua y moviendo las piernas y los brazos como un insecto volcado. Una vez, cuando era muy pequeña, él llegó al pueblo y le anuncié haber aprendido a tirarme al agua; él que siempre estaba muy despistado no entendió que yo no sabía ni de lo que hablaba y, sin pensarlo, me montó encima de sus hombros, tan alto que me parecía tocar el sol, y desde allí me tiró al agua. Recuerdo haber bebido mucho y haber tosido tanto que desde entonces me resultó imposible tirarme al agua y cuando Francesco con sus compañeros venía para que pusiera la cabeza debajo del agua yo gritaba y me ponía furiosa por el miedo.

Era bonito estar en la playa, con mucho sol y mucho azul y el aire y las cosas con aquel delicioso olor a sal. Pero el agua no estaba tan buena y había que subirla de los pozos que no siempre estaban limpios; además Rosetta, la hija del pescador, me contó que la calavera que había en la iglesia dentro del confesionario la habían su-

bido desde un pozo, y desde entonces me pareció sentir en el agua un sabor a muerto e intentaba beber lo menos posible. Y esto no era nada bonito y tampoco estaba bien que los policías, cuando papá se quedaba en la playa un montón de días, pasearan toda la noche delante de nuestras ventanas bajas porque la casa tenía solo una planta, y que fueran tan indiscretos que a veces encendieran incluso unas cerillas para poder ver dentro. Por la mañana encontrábamos sus huellas encima de la arena delante de casa y en vez de sentirme más segura me daba miedo.

En esos días la abuela se quedaba sola en el pueblo y aprovechaba para llamar a los albañiles y hacer que pintaran de azul intenso las paredes de la cocina y de la escalera y del muro del patio. Cuando nosotros volvíamos, el verano estaba casi acabado, la casa tenía un fuerte olor a cal y parecía nueva, en los tiestos del patio habían brotado los geranios y las azucenas rojas, y las palmeras tenían las hojas polvorientas y cansadas, pero, como todas las otras cosas ellas también parecían más grandes. El calendario con el viejo hombre que bebe *Ferro China Bisleri*, tenía los filos casi marrones por todas las moscas que se habían parado encima, y los lazos de melaza se balanceaban colgados de las lámparas de la cocina. La abuela tenía los dedos negros porque habían empezado a llegar del campo las almendras y ella se esmeraba en separar la piel de la cascara.

Pero este año no hemos ido y no iremos a la playa, porque no tenemos dinero. Todas las mañanas muy temprano, sin embargo, mamá y yo subimos al monte, hasta la iglesita de la Virgen y, mientras trepamos, rezamos el rosario por papá que otra vez no nos escribe y por España donde las cosas siguen sin ir bien.

A lo largo de la calle nos cruzamos solo con algún pastor o con algún carbonero que nos saluda solo tocándose apenas el gorro, sin hablar. El aire es tan fresco y silencioso y perfumado que me siento muy ligera y, aunque no debería, casi feliz.

Cuando volvemos al pueblo es aún muy temprano y las calles están recién barridas y regadas y las mujeres salen de las lecherías

con los tarros y las cacerolas llenos; los fruteros y los verduleros comienzan a abrir sus tiendas y, pasando por delante, siento el fuerte olor de los higos y de los melocotones y de los tomates que hacen que me dé cuenta de que tengo mucha hambre. Por eso, en cuanto vuelvo a casa, me lanzo a la cocina que ya está deliciosamente perfumada por el café con leche caliente.

Después de comer, muchas veces me vuelvo a la cama y duermo hasta tarde teniendo muchos sueños sin sentido. Pero cuando me despierto y me doy cuenta de que ya han pasado muchas horas, me pongo de malhumor y no tengo ganas de lavarme ni de vestirme.

Para Luisa el calor en el pueblo se había vuelto demasiado fuerte así que la han llevado a un lugar donde el aire es mejor; pero ella ya está tan enferma que no se sabe ni si quiera si volverá.

Cuando fui a saludarla estaba preocupada porque pensaba que me diría otra vez que se va a morir y no sabría qué contestarle. Sin embargo me enseñó unos libros nuevos y una muñeca bellísima, no muy grande pero con el pecho redondo como una mujer, y muchísimas telas que le regaló un vendedor ambulante con las que le hace a su muñeca unos vestiditos de señorita y unos sombreros a la moda. Cuando nos quedamos a solas sacó del bolsillo un pintalabios y me dijo que lo había comprado con su dinero y que si quería podía probarlo porque de todas maneras, luego, se podía borrar el rastro con una muestra de seda roja. Pero yo no lo quería, y ella, con aquellas piernecitas tan delgadas y esa cara como una calavera azul, y el pintalabios entre los deditos piel y hueso, me causó una impresión tan fuerte y que no era solo pena sino también miedo y vergüenza y hubiera querido estar muy lejos de allí para poderme tirar al suelo desahogándome gritando y dando puñetazos.

No parecía real que fuera la misma Luisa con la que hablábamos de la revolución y de la sociedad secreta y de la escuela de danza, y tenía la impresión de que se burlase de mí como a veces hacen los grandes con los niños.

Hablé con Gian Luigi Massacciucoli y al principio el corazón me latía tan fuerte que temía que él lo escuchase. Pero no hablamos ni de la sociedad secreta, ni de papá, ni de la revolución. Para no parecer estúpida, porque él tiene tres años más que yo, y para impresionarle, le dije que esperamos el visto bueno para obtener el pasaporte y que pronto nos iremos a América.

Dije América porque en ese momento París me parecía demasiado cerca y sin importancia. Pero él no sabía ni siquiera lo significa “visto bueno” y, para darse aires, dijo que sin embargo ellos, en su casa, “tenían muchos vistos buenos”.

Y entonces me pareció tan tonto que me dieron ganas de llorar y me hubiera gustado tirarle del pelo y darle unos puñetazos en aquella nariz manchada de salvado y gritarle que es un estúpido mocoso mentiroso e irme dejándolo plantado.

Sin embargo, para no avergonzarlo, fingí creérmelo y le contesté: “Qué suerte tenéis! Y me daba tanta rabia de mi misma que me hubiera arañado.

Con la ropa usada de mamá, la tía Luisa, una vieja que vive cerca de casa y que en vez de pagarle con dinero podemos pagarle con productos del campo, me está haciendo unos vestidos para el verano porque los del año pasado ya me quedan demasiado cortos.

Voy a probarlos y a ayudarla a deshacerlos y estamos sentadas en un patio muy pequeño donde, para ahorrar espacio, las macetas de los geranios y de la albahaca están colgadas a las paredes. También la hornilla y la máquina de coser las guarda en el patio porque solo tienen una habitación y en ella está el marido que tiene cáncer y desprende un olor muy malo porque la enfermedad, que le comenzó por un pié, ahora le ha subido hasta los intestinos y a la vejiga y él no sé da ni cuenta de que ensucia la cama. Le duele mucho y si no duerme grita continuamente. El médico a veces viene a ponerle alguna inyección y así él durante algún tiempo está bien. Cuando el médico no puede ir, la tía Luisa le da unas pastillas que están en unas cajitas rojas, pero esas son menos eficaces que las inyecciones y él también se queja mientras duerme.

La tía Luisa cuando se acuerda de él llora, porque ahora está tan acostumbrada a escucharlo gritar que casi ni se da cuenta, y dice que ya no queda más que esperar a que el cáncer llegue al corazón y que él se muera y deje de sufrir. Pero dice que la enfermedad y la muerte no deben asustar porque son la voluntad de Dios y hay que aceptarlas con resignación cristiana. Cuenta también muchas historias de fantasmas que dan mucho miedo pero que a la vez me gustan así que, hablando, el tiempo se pasa rápidamente. Ella dice haberse encontrado una vez con un carruaje bellissimo, totalmente decorado con lazos y linos bordados en medio de los cuales estaba sentada una novia con la cara muy pálida. Pero al lado del carruaje, con la fusta en la mano, en lugar del novio había un viejo feo que dejaba en el suelo huellas de gallo. La tía Luisa antes no le había prestado atención pero después se dio cuenta de que eso no era normal y se giró para mirarlos una vez más; pero el carruaje y la novia y el viejo habían desaparecido y en su lugar no había más que una

nubecita de humo apestoso. Y esto dice haberlo visto con sus ojos.

A ella también, para impresionarla y porque pensaba que le gustaría hablar con una persona que hará un viaje tan largo, le dije que pronto todos nosotros iremos a América. Pero ella me miró y me dijo que es imposible, que a lo mejor a mamá y a Francesco los dejarán pasar porque son robustos pero que yo soy demasiado flaca y que, una vez en alta mar, me tirarán al agua porque en América quieren solo gente muy sana y fuerte.

Dice saberlo por un hermano suyo que fue allí cuando ella aún era niña y que una vez que volvió de visita, vestido como un señor con un gran sombrero de ala ancha, contó también que en América todos comen azúcar y van por las calles chupando caramelos y chocolate. Después el hermano se fue y la tía Luisa no volvió a saber nada de él así que a veces piensa que a lo mejor, una vez en alta mar, lo tiraron del barco porque ya estaba demasiado viejo y no era bastante sano y fuerte para vivir en América.

Vinieron todos los amigos, y parecían tener miedo, y vergüenza.

Hablaban en voz baja, pero más a menudo callaban y a nosotros tres nos acariciaban la cabeza y parecía que habían venido solo para acariciarnos la cabeza y suspirar.

Al entrar hicieron una cosa que no habían hecho nunca: de uno en uno abrazaron a mamá y la besaron en ambas mejillas y ella, que antes estaba contenta al verlos llegar porque pensaba que venían para charlar un poco juntos y tomar una taza de café, se volvió muy pálida y parecía enfadada cuando dijo, pero casi susurrando: - No, no es verdad! - Y era raro porque ellos aún no habían dicho ni una sola palabra.

Ellos se quedaron callados y tan solo bajaron la cabeza como si se sintieran culpables.

Luego Boccadoro dijo, despacio como si le costara trabajo: - Era el mejor de nosotros. Amaba la libertad y la justicia. La amaba con intransigencia - . Entonces mamá se puso a gritar y decía solo dos palabras: - La justicia, la libertad... - y gritaba cada vez más fuerte y a mí me daba mucha vergüenza.

Pero luego, de repente, su voz se hizo muy pequeña y dijo: - Perdonadme - . Y se quedó así, sentada, con las manos encima de las rodillas y la cabeza tan inclinada hacia el pecho que el rostro quedaba escondido y se veía solo su pelo liso y negro separado por una línea blanca como una carretera.

Y ella no decía nada, y ellos no decían nada, tan solo nos acariciaban la cabeza.

Después llegó la abuela y ellos se levantaron y le estrecharon la mano diciendo:- Condolencias! - Y entonces la abuela también se puso a gritar, con una voz fuerte y solemne, y decía: Hija mía, pobrecita! Hijitos míos, pobrecitos! - y de repente pasó algo raro porque mamá levantó la cabeza y tenía los ojos muy brillantes pero secos, y, con un tono que no había utilizado nunca con la abuela, en voz baja pero separando una de otra las palabras le dijo, pero no parecía ni que se lo dijese a ella, sino que se lo dijese a sí misma y

a nosotros y a los amigos y a mucha gente que no estaba allí para escucharla: - No soy una pobre infeliz, y ellos no son unos pobres infelices. No debes decir estas palabras nunca jamás, nunca más, nunca más... - y diciendo “nunca más” rompió a llorar y huyó a su cuarto escondiéndose el rostro entre las manos.

Un momento después Pel Bianco, mientras los otros hablaban con la abuela, nos acompañó a la cocina e intentó regalarnos unas bolsitas de bombones que al final se resignó a dejar encima de la mesa, ya que nosotros no los quisimos tocar porque nos parecía feo pensar en comer chocolate cuando papá había muerto.

Porque ellos también, sus amigos, ahora dicen que está muerto. ¿Pero qué significa que está muerto? La abuela dice que dejó de sufrir y que ahora, como el Evangelio dice que todos aquellos que sufren una persecución por amor a la justicia son “beatos”, ahora él está en el paraíso donde reza por nosotros y donde nos volveremos a encontrar todos juntos un día, si nos portamos bien.

Pero esto no es verdad. Papá no rezaba nunca y no hay manera de imaginarlo arrodillado rezando, con el rosario en la mano, como una vieja o un cura. Y si él ahora de verdad es así quiere decir que ya no es el que yo conozco y que ya no es él, ¿y entonces en qué se ha convertido? Y además él qué haría en el paraíso? A él le gustaban cosas que en el paraíso no están y qué le importa a él volar con los ángeles y cantar en coro? Pero si no está en el paraíso entonces él dónde está? Yo tampoco creo que esté en una tumba, porque esos muertos me dan miedo y también asco y papá no puede dar miedo ni asco.

Él tenía un cuerpo sano y bello que gustaba mirarlo; su pelo era fuerte y, cuando me permitía tocárselo, lo notaba templado y liso. Y también sus manos eran fuertes y grandes y calientes, y sus piernas eran muy largas y bien hechas y su nariz era grande y un poco graciosa y no es posible que un muerto tenga una nariz grande y un poco graciosa. ¿Qué haría un muerto con una nariz grande y un poco graciosa?

A lo mejor que papá que está muerto, como dicen ellos, tan solo significa que en el lugar donde se encuentra ahora ya no puede fumar cigarrillos tumbado en la hierba y con la cabeza apoyada en las raíces de un árbol. O significa que ya no puede mirar las nubes para saber de dónde viene el viento, ni observar las estrellas y decir sus nombres. O significa que ya no puede leer ni hablar, ni reírse ni dormir, ni estar alegre ni estar triste, ni despreciar a los fascistas ni enseñar a los chicos. Ni ponerle las riendas al caballo ni andar por el prado con sus piernas largas y delgadas. Y yo no le podré contar historias tristes como la de Luisa que sabe que se va a morir o graciosas como la de Gian Luigi Massacciucoli que dice que el “en su casa tiene muchos vistos buenos”.

Pero tal vez signifique solamente que mamá no saldrá más de su cuarto y que se quedará allí para siempre, encerrada en la oscuridad, sollozando, y que todos en casa tendremos que andar siempre de puntillas y hablar en voz baja y que, si hace un día de sol, tendremos que cerrar bien las ventanas y correr las cortinas, para no volver a estar alegres nunca jamás.

Índice





Introducción	5
Pequeñas historias.....	13





Sevilla
2019